

María Catalina de Paul – Tesis de Licenciatura de Historia – UTDT – 2012

Un Prócer para la Nación Argentina. Los usos de la figura de Manuel Belgrano en el proceso de construcción de la nacionalidad, 1857-1910.

Universidad Torcuato Di Tella



Tesis de Licenciatura de Historia

(junio - 2012)

Directora: Claudia Shmidt

*Un Prócer para la Nación Argentina:
Los usos de la figura de Manuel Belgrano en el proceso de construcción de la
nacionalidad, 1857-1910.*

María Catalina de Paul

08Y512

Índice

Resumen	3
Introducción y Estado de la Cuestión	4
PARTE 1	
➤ Un punto de partida	12
➤ Precedentes	14
– La idea de nación en la primera mitad de siglo XIX	14
– La nacionalidad preexistente	17
➤ La elite político–intelectual	19
➤ La historia intencionada	21
PARTE 2	
➤ La biografía ejemplar	26
➤ Historias encontradas: reacciones y debates	28
PARTE 3	
➤ Iconografía de Belgrano	48
➤ Belgrano y la Bandera	56
• El celeste y blanco en la historiografía liberal	60
PARTE 4	
➤ La aceleración de la nacionalidad	66
– Las dos historias	75
➤ La materialización urbana de la figura de Belgrano	77
➤ A propósito del prócer en la historia nacional	89
PARTE 5	
➤ Un cierre	91
➤ Bibliografía y Fuentes	95

Resumen

Esta investigación se propone estudiar los usos que las elites político-intelectuales locales hicieron de la figura de Manuel Belgrano entre 1857 y 1910, en el proyecto general de construcción de la nacionalidad argentina efectuado a lo largo de aquellos años. En una primera instancia, se analiza al objeto de estudio en el campo de la historiografía nacida con Mitre en 1858 hasta la llegada de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910. Las observaciones delineadas en aquel plano son luego reinterpretadas desde los usos que conllevó la representación de la figura en la materialización urbana de la ciudad, dentro de los procesos de decoración patriótica que el espacio público presenció en su remodelación urbana y en los simbólicos monumentos y plazas que se alzaron en su suelo antes del Centenario. Este trabajo no sólo sirve para repensar los usos estratégicos que se han hecho de la historia en un afán por servir a la construcción de una identidad política nacional en las etapas constitutivas del país, sino que permite observar qué funcionalidades se condensaron en la figura de Manuel Belgrano en particular, como para que éste mereciera ser recordado por la posteridad del recuerdo histórico común como un prócer y padre fundador de nuestra patria. Poco novedoso es referirse a la nación como un artefacto o sostener que los nacionalismos decimonónicos fueron arbitrados por personalidades con gravitación en el mundo sociopolítico de las ideas y la educación, sin embargo no es tan frecuente toparse con estudios que se propongan rastrear el origen y las razones detrás de los pilares estereotipados y permanentes de nuestra historia nacional.

Introducción

En el marco de las intenciones e iniciativas que se destinaron a construir la idea de una nacionalidad argentina, el uso de la figura de Manuel Belgrano por parte de las elites político-intelectuales entre 1857 y 1910, ocupó un lugar destacado a la vez que controversial. El presente estudio es un trabajo que busca entender qué lugar se le dio al prócer en general, y cómo se lo representó a Belgrano en particular, en los proyectos destinados a la formación de una identidad política nacional durante el período esbozado. La hipótesis principal se funda en la idea de que la figura de Belgrano fue específicamente funcional a la empresa formadora de la nacionalidad argentina por su asociación con la Bandera de la Nación, un símbolo cuyo poder de aglutinación identitaria fue particularmente necesario en la Argentina socialmente heterogénea de fines del siglo XIX. Analizado primero en la producción historiográfica del período y luego en su proyección material en la ciudad, el uso histórico construido alrededor de la figura de Manuel Belgrano ilumina sobre un proceso general de *invención de tradiciones nacionales* que operó en consonancia con los discursos políticos de quienes reprodujeron sus cualidades heroicas y lo reafirmaron permanentemente como ‘padre de la patria argentina’. Su capacidad de persistencia en el panteón de los próceres expresa las aptitudes multifacéticas que lo habilitaron para el reclamo de apropiación de distintos sectores sociales y diferentes versiones de la historia nacional. Quizá en ello juegue un papel fundamental su coronación como creador de la insignia patria; ¿cómo se lo recordaría a Belgrano si éste no hubiera alzado el 27 de febrero de 1812 aquella Bandera argentina?

Se analiza entonces un objeto de estudio puntual dentro del proyecto de construcción de la nacionalidad argentina, enmarcado en los procesos generales de construcción identitaria propia a todas las naciones en formación.

Estado de la cuestión

Hacia 1983 Eric Hobsbawm publicaba, junto a Terence Ranger, un texto que se convertiría en una referencia indispensable para pensar las formas en que las naciones dieron contenidos identificatorios a sus sociedades, se tituló *La invención de la tradición*. El libro agrupó a una serie de autores que exploraron aquella temática en distintas partes del mundo a lo largo del siglo XIX, entre ellos Hugh Trevor-Roper, Prys Morgan, David Cannadine, Bernard S. Cohn, y, lógicamente, Ranger y Hobsbawm. Siete años más tarde, en 1990, éste último daría a conocer su siguiente clásico, *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Aquella obra perteneció al mismo proyecto dedicado a registrar los procesos de construcción decimonónica de los Estados-Nación y su desenvolvura llegado el siglo XX. Ambos textos se constituyeron rápidamente en modelos teóricos sobre el tema y se convirtieron en consultas básicas para futuras investigaciones que se dedicaran a estudiar las empresas de construcción identitaria de los países. A su vez, Ernest Gellner ya en 1983, había publicado su propio *Naciones y Nacionalismo*, donde trabajó las mismas cuestiones que analizaría Hobsbawm, como los conceptos de ‘nación’ y ‘estado’, y la evolución de sus significados desde las revoluciones independentistas hasta los nacionalismos de fines de siglo XIX y principios del siguiente. En 1983 había aparecido también *Comunidades Imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* de Benedict Anderson, donde el autor adoptó una visión antropológica del fenómeno de la ‘nación’ y la interpretó como una comunidad política auto-imaginada, inherentemente delimitada y profesada soberana.

En la década de 1980 aquellos autores fundaron, entonces, las bases para pensar los mecanismos de construcción de las nacionalidades de los Estados en sus etapas constitutivas. Rastrearon en sus trabajos los orígenes de los elementos que confluirían en la novedad de los nacionalismos desatados a partir de 1789 con la revolución francesa; analizando qué elementos de previas identidades sociales convergieron luego en la identidad nacional. Aquel estudio encontró en la construcción de recuerdos históricos comunes, y relatos del pasado ‘nacional’, elementos claves de las operaciones de diferenciación que cada territorio constituido había llevado a cabo activamente desde sus elites políticas e intelectuales.

La formación del Estado argentino, puntualmente, halló en el *Proyecto y construcción de una Nación (1846-1880)*, de Tulio Halperín Donghi, uno de los primeros trabajos que se propuso reconstruir críticamente los debates políticos surgidos alrededor de su constitución. El caudal documental de la investigación estuvo precedido por un apartado preliminar titulado ‘Una Nación para el Desierto Argentino’, donde estudió el período 1852-1880 y lo interpretó como los *treinta años de discordia* que retardaron la consolidación institucional, y la integridad política del país, hasta la llegada del Partido Autonomista Nacional a la presidencia. Un recorrido analítico sobre los proyectos de construcción de la nación desde los intelectuales de la generación de 1837, pasando por Rosas hasta llegar a Roca, le permitió esbozar un panorama sobre el proceso organizacional de la nación y todos los desafíos que éste encontró, primordialmente desde la puja unitarios-federales. Publicado en 1995, el trabajo de Halperín Donghi ha permanecido como una consulta clave para la comprensión de la formación de la nacionalidad argentina.

Once años antes, en 1984, Natalio R. Botana había abordado aquellas cuestiones en *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Su vigencia ha persistido intacta hasta hoy, al igual que aquella de su gran clásico *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, concebido hacia 1974. En 1991 se conocería su texto *La libertad política y su historia*, central para percibir los usos estratégicos que se han hecho desde las elites dirigentes del relato de la historia como un maleable objeto de apropiación. Hacia 1997 publicaría el texto que escribió junto a Ezequiel Gallo, llamado *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, donde se puso de manifiesto la tensión entre aquellas dos instancias de la república esbozadas, una por Juan Bautista Alberdi y otra por Bartolomé Mitre. El recorrido por los *siguientes treinta años* de construcción nacional encontró un punto de cauce en 1912 con la sanción de la ley electoral y dio cierre a aquel tramo, trabajado por los autores desde una compilación documental que reunió los textos de personalidades representativas de aquella época. En el mismo año, 1997, José Carlos Chiaramonte daba a conocer su *Ciudades, provincias, estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. También anclado en la recopilación documental, estudió el surgimiento de la idea de ‘nación’ y su conceptualización, junto a la de aquel otro término del ‘estado’, en el territorio rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX.

Al trabajar sobre las formas de identidad políticas existentes en aquella etapa de la historia argentina, contribuyó a la distinción entre un primer momento (1810-1830) de proyectos de construcción de un Estado –fundados en una concepción contractualista de la nación–; y un segundo momento, que llega hacia fines de la década de 1830, con la Generación Romántica del ‘37 y su principio de nacionalidad como justificativo y esencia de aquella idea de ‘nación’.

Las contribuciones de aquellos autores argentinos al campo historiográfico fueron ponderadas en el Congreso efectuado en Buenos Aires hacia 1990, conocido con el nombre: *Historiografía argentina (1958-1988): una evaluación crítica de la producción historiográfica nacional*, surgido del Comité Internacional de Ciencias Históricas. Allí se reaseguró la vigencia de sus conocimientos aportados y se abrieron nuevos enfoques que dieron lugar a las perspectivas historiográficas de los últimos veinte años, en las que se apoya la investigación de este trabajo.

De aquel elenco académico se desprendieron también los trabajos de Fernando J. Devoto, como *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, de 2002 e *Historia de la Inmigración en la Argentina*, de 2003. El primero podría considerarse una adaptación local del trabajo de Hobsbawm acerca de la invención de tradiciones en las naciones en vías de formación. Devoto exploró allí los distintos momentos en que las elites políticas argentinas dieron más y menos importancia a la construcción de una historia o ‘mitología’ nacional de acuerdo a las urgencias y prioridades de cada época. En el segundo libro estudió las distintas tandas inmigratorias que llegaron al país, analizando las formas en que las diferentes comunidades extranjeras se asentaron en, e incorporaron a, la nación. Concedió gran atención a las iniciativas de las elites político-intelectuales y de las instituciones gravitantes en el mundo de la educación en los acercamientos efectuados ‘desde arriba’ para la inclusión del inmigrante a aquella entidad soberana de la nación, cuya consolidación dependió en gran parte del éxito de aquellas operaciones.

Lilia Ana Bertoni realizó un exhaustivo trabajo sobre el tema en *Patriotas, Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX* (2001). Allí abordó los debates que surgieron en los ámbitos de la dirigencia política, social e intelectual, alrededor del desafío impuesto al proyecto de consolidación

de la nación en las dos últimas décadas del siglo XIX, por una sociedad constituida en gran parte con inmigrantes reacios al abandono de sus propias nacionalidades extranjeras. El desarrollo de las iniciativas culturales que se destinaron al fortalecimiento de la nacionalidad argentina en un afán por hacerla más atractiva y, así, incentivar la naturalización de los inmigrantes y efectivizar su adopción de la nueva nación, fue entonces el objeto estudiado por Bertoni. Aseguró la relevancia de la educación patriótica en aquellas dos décadas de construcción identitaria nacional y la preponderancia otorgada al relato de la historia, y a sus próceres, en la misma.

Desde la historia cultural, el trabajo de Pilar González Bernaldo de Quirós escrito en 1999, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, se convirtió en una consulta indispensable para el entendimiento de la construcción de la sociedad nacional argentina. Su estudio, situado en la Buenos Aires de mediados del siglo XIX, presentó un enfoque original destinado a pensar las formas en que la sociedad rioplatense comenzó a representarse a sí misma como un conjunto ‘nacional’ en los movimientos asociativos modernos y sus formas de sociabilidad contractuales. Exploró allí los puntos de contacto entre la sociabilidad urbana y el proyecto político de organización nacional impulsado desde ‘arriba’. Murilo de Carvalho, por su parte, con *La formación de las Almas. El imaginario de la República en el Brasil* (1990) también abordó la construcción de la idea de nación desde un enfoque cultural. Concentrado en el caso brasileño, su trabajo se volvió, no obstante, un texto clásico en el estudio de la legitimación de los regímenes políticos en el mundo moderno a través de la creación de tradiciones y símbolos apelativos a la emotividad ciudadana respecto a una unidad política artificial, su nación. En el mismo plano de la cultura, aunque más volcado hacia una historia del arte, se encuentra el trabajo de Laura Malosetti Costa *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, de 2001. Allí la autora expuso la historia del consumo cultural de los sectores burgueses y pequeño burgueses constituidos en el público privilegiado de un arte que debatió su fundamento en términos no sólo estéticos pero también ideológicos. En su libro, se aprecia cómo las bellas artes se convirtieron a fines del siglo XIX en otra de las herramientas estratégicas del general proceso de construcción nacional. En aquel sentido, fue notable, por ejemplo, cómo el arte pasó estar al servicio de la política en las muestras y exhibiciones nacionales e internacionales que, más que

obras artísticas, expusieron la industria y el progreso de una comunidad nacional, con orgullo e identidad propios.

Sobre el uso político del arte es fundamental el trabajo de Roberto Amigo *Imágenes de la historia y discurso político en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)*, publicado en 1997. El autor analizó las formas en que la elite política decidió representarse a sí misma y a la nación a través de imágenes. De particular relevancia fue el estilo con que los hombres de política de mediados del siglo eligieron retratarse, ya que se equiparaban mediante el arte con las representaciones de los próceres de la generación revolucionaria de 1810. Así buscaron simbolizar una continuidad heroica en la dirigencia del país y hacer visible una operación que también se realizaba desde la historiografía decimonónica, cuyo ejemplo más claro fue Bartolomé Mitre.

Finalmente, sobre la efectividad visual de la pedagogía patriótica se ancló la decoración urbana de fines del siglo XIX y principios del XX, mediante la cual se buscó plasmar en la ciudad y en el espacio público, los elementos constitutivos de aquella nación. Adrián Gorelik lo trabajó en su artículo ‘La belleza de la patria. Monumentos, nacionalismo y espacio público en Buenos Aires’, de 1997. Explicó la serie de debates que surgieron en torno a la representación material de la nación y sus grandes hombres en la ciudad de Buenos Aires frente a la cercanía de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910. Mostró que la tensión principal estuvo dada entre aquellos que abogaron por una preservación de los monumentos y espacios heredados de 1810, y los que defendieron, en cambio, la corriente modernizadora de la época que demandaba de la Argentina, como de toda nueva nación, una renovación urbana que mostrara las ideas del progreso y la fuerza; lo que implicaba una demolición de todo lo viejo – *histórico*- y una construcción nueva de monumentos, plazas y edificios que encarnaran – desde cero- los valores de la historia nacional.

Detrás de los momentos y personajes icónicos que buscaron representarse en la ciudad, se encontraron las distintas versiones de la historia nacional escritas por historiadores e intelectuales de la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del XX. Aquellas obras tuvieron una gran incidencia en la formación de los recuerdos históricos comunes de los ciudadanos de nuestro país; en el presente estudio, son analizadas a modo de comprender el desenvolvimiento de nuestro objeto de estudio en

aquellas grandes obras de la historiografía argentina escritas entre 1857 y 1910. Se constituyeron así, en las *fuentes* de la investigación trabajadas en esta tesis. Para abordarlas fue imprescindible la lectura del libro escrito por Fernando J. Devoto y Nora Pagano en el año 2009, *Historia de la Historiografía Argentina*; y, desde un enfoque literario, contribuyó también el trabajo de Martín Kohan, *Narrar a San Martín* (2005).

Por último, no debe soslayarse una referencia al controversial libro titulado *El fin de la Historia y el último hombre* –publicado en 1992- en el que el estadounidense Francis Fukuyama condensó, las preocupaciones propias a un orden internacional que había presenciado el fin de la lucha entre ideologías universales con la caída del muro de Berlín. La llegada a una etapa final en la historia de la evolución sociopolítica de la humanidad implicaba el *fin de la historia* y, por extensión, el fin de los grandes relatos. Emparentada con la escuela historiográfica francesa de los Annales, la microhistoria sentó, en aquellos últimos años del siglo XX, un clima que dio luz al llamado “boom de las biografías”.

De todos modos, los primeros usos de las biografías tendieron a estar asociados a la idea de que grandes personalidades motorizaban el curso de la historia y que, por eso, merecían el honor de tener libros levantados en su nombre que narraran sus vidas. En el siglo XIX, la escritura de la historia a través de grandes figuras, ya fueran héroes –en términos antiguos- o próceres –en términos decimonónicos-, imprimió en ellos una cualidad nueva: la capacidad de *influir* en el desarrollo de la historia que los tenía por protagonistas. Atravesado el siglo XX, la microhistoria surgió como una vertiente historiográfica de la historia social que se propuso estudiar sociedades y culturas a través de una reducción de la lupa de estudio. La elección de analizar elementos pequeños y cotidianos a fin de comprender qué tenían para decir sobre fenómenos más amplios y complejos fue la operación más popular de la corriente. Es así, que la historia del molinero Menocchio del norte de Pordenone, le permitió a Carlo Ginzburg explorar sobre las políticas inquisitivas de la Italia del siglo XVI. Los pequeños relatos se mostraron, así, aptos para la comprensión de temáticas antes abordadas con ‘grandes historias’.

Tomando en cuenta los aportes de estos nuevos enfoques -aunque lejos de ser éste un estudio biográfico sobre Manuel Belgrano-, se realiza aquí un análisis que

propone atravesar, desde la mirada de la historiografía contemporánea, los modos en que la necesidad de construir “un prócer para la Nación Argentina” implicó diversos usos de su figura en el proceso de construcción de la nacionalidad, entre 1857 y 1910.

PARTE 1

Un punto de partida

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX argentino renació el proyecto de construcción de la nacionalidad que hacia 1837 había encontrado sus promotores en la generación romántica. Con una fuerza renovada, el movimiento adquirió nuevas características y logró amplias bases organizativas, otorgándole un tinte local a un proceso común a todas las naciones en vías de formación y consolidación. En aquellos veinte años que cerraron el inestable siglo XIX ubicó la historiadora Lilia Ana Bertoni el fervor de la construcción de la nacionalidad argentina, a la que juzgó íntimamente relacionada con la simultánea construcción del relato de la historia nacional. Explicó cómo un cambio en la segunda provocaba automáticamente una alteración en la concepción de la primera. Qué tipo de nacionalidad se buscaba erigir, y por ende qué historia contar fueron, en los 1880s y 1890s, cuestiones sobre las que las elites políticas del país tomaron conciencia. La nacionalidad debió formarse como contenido de esa idea de nación que había que afirmar frente al potencial destructivo percibido en ciertas amenazas a la soberanía e integridad del territorio, vistas concretamente en la carrera imperialista de las grandes potencias europeas y la llegada de una inmigración masiva al país¹.

Este trabajo pretende entender qué lugar se le concedió a la figura del *prócer* en general, y cómo se lo representó a Manuel Belgrano en particular, en el emprendimiento elitista de la educación cívica de los ciudadanos desde 1857 hasta 1910. Si la nacionalidad se ensambló de numerosos modos y por diferentes canales, este trabajo se limitará al de la Historia, un componente esencial de la misma. Como explicó Eric Hobsbawm, *‘todas las tradiciones inventadas...usan la historia como legitimadora de la acción y cimienta de la cohesión de grupo’*, y especificó: *‘por medio (de) sus propios héroes y mártires’*².

¹ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 9.

² HOBSBAWM, Eric (2002, 1983¹), *La invención de la tradición*, Buenos Aires, Crítica, p. 19.

En 1857 se publicó la *Galería de Celebridades Argentinas*, una compilación que reunía biografías de personalidades ilustres del pasado argentino. En ella Bartolomé Mitre esbozaría una acotada biografía de Manuel Belgrano, que un año más tarde se convertiría en la obra fundacional de la historiografía argentina, *Historia de Belgrano*. Surgida a partir de un encargo del director de la colección, Juan María Gutiérrez, aquel artículo se inscribió en la serie que agrupó a ciertas figuras enalteciéndolas por su contribución a la causa *nacional* –casualmente todas habían servido al bando porteño durante la guerra civil-. En la ‘Introducción’, Mitre lamentó la ausencia de Dorrego, Saavedra y Güemes en el compilado, aunque las definió como ‘*otro género de celebridades*’³ –no dignas de ser posicionadas a la par de Belgrano-. Como sostuvo Nicolás Shumway en *La Invención de la Argentina* (1991), Mitre aludía a la ‘distorsión reduccionista popularizada por Sarmiento según la cual la política argentina no era más que un combate épico entre civilización y barbarie, con Moreno, Rivadavia y la minoría ilustrada porteña de un lado, y los ‘Atilas de las pampas’ del otro’⁴:

*La Galería de Celebridades Argentinas no comprenderá sino los retratos y las biografías... de los que tienen derecho a la gratitud de sus descendientes. Esta obra es... un monumento erigido a nuestros ilustres antepasados que consagraron su vida y sus afanes a la felicidad y a la gloria de la patria. La posteridad trasladará algún día sus cenizas al Panteón de los grandes hombres de la Nación Argentina. Mientras tanto, a la generación actual... Tócale el honor de dibujar sus retratos y escribir sus biografías, salvando así del olvido sus nobles facciones, sus hechos y sus escritos memorables. (...) En esas vidas encontrará la generación actual modelos dignos de imitarse*⁵.
(B. Mitre)

La siguiente cita de Juan M. Gutiérrez es entonces seleccionada por Nora Pagano para ilustrar la intención de generar un panteón moralizante en estos escritores de 1857, a través de su ‘voluntad cívico-política’ e ‘historiográfica-literaria’: ‘*Los hombres notables de la revolución argentina... soportan bajo sus humildes sepulcros el doble peso de la losa y de la indiferencia... El viento de nuestras querellas ha llevado*

³ También Artigas, López, Quiroga, Ibarra, entre otros, pertenecían a ese género de celebridades secundarias.

⁴ SHUMWAY, Nicolás (1991), *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, p. 227.

⁵ Bartolomé Mitre, ‘Introducción’, *Galería de Celebridades Argentinas* (1857), en *Ensayos y Polémicas sobre Manuel Belgrano Martín Guemes y las invasiones inglesas (Obras Completas de Bartolomé Mitre, (1942), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, Volumen XI, p.23.)*

*en pedazos a nuestros viejos próceres. Es preciso buscar la huella de sus pasos... Es necesario lavar de sobre ellos las manchas de lodo con que les salpicó el carro revolucionario...colocarles en dignos pedestales, a fin de que la juventud les venere...*⁶. El objetivo entonces era resucitar al muerto ilustre para erigirlo como garante del nuevo orden social.

Al convertir su artículo sobre Belgrano en una historia de la independencia argentina, Mitre imprimió a los objetivos de la *Galería de celebridades argentinas* una dimensión de alcance mucho mayor. Pareciera irrelevante preguntarse si Mitre entendió efectivamente la historia de la forma en que la escribió o si fue pura estrategia política. Lo relevante es que la consideró adecuada al lector para el cual estaba dirigido su libro, al que le pronosticó un público popular⁷. La *Historia de Belgrano* y las reacciones que aquella obra provocó serán el punto de partida de este trabajo. Es un punto de inicio convencional puesto que el texto además de inaugurar una versión ‘propriadamente histórica’ del pasado nacional, lo hizo con la figura de Belgrano a la cabecera. Esto no implica que, para estudiar el lugar que la obra buscó ocupar en la construcción de la nacionalidad argentina como contenido de la idea de nación, no sea necesario retroceder un poco en el tiempo para ver, en forma introductoria, qué se entendió por los términos de *nación* y *nacionalidad* en la primera mitad del siglo XIX, y qué actitudes hacia ellas tuvieron las elites político-intelectuales rioplatenses.

Precedentes

La idea de nación en la primera mitad del siglo XIX

Al preguntarse qué hubo en la etapa final de la cultura colonial rioplatense que confluyese en los resultados del proceso abierto a partir de 1810, José Carlos Chiaramonte, asegura que no fue una ‘identidad política de límites rioplatenses que correspondiese a alguna forma de nacionalidad’ ya que aquello ‘no existió’, debido a que ‘no era un rasgo de época’⁸. En este sentido, explica que la noción de *nacionalidad*

⁶ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p.21.

⁷ Ibid, p. 26.

⁸ CHIARAMONTE, José Carlos (2007, 1997¹), *Ciudades, provincias estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé Editores, p. 61.

como fundamento del Estado apareció recién a fines de la primera mitad del siglo XIX y juzga de vital importancia separar los ‘fenómenos de diferenciación y relativa autoidentificación de los pueblos hispanoamericanos’ del ‘fenómeno de la identidad nacional’ en el siglo XIX⁹. En este sentido, afirma que en el período colonial coexistían varias identidades en la región rioplatense: ‘se era español frente al resto del mundo, español americano frente a lo español peninsular, rioplatense frente a lo peruano, provinciano frente a lo capitalino, porteño frente a lo cordobés... La dominación española no dejó otra cosa que un mosaico de sentimientos de pertenencias grupales, con frecuencia manifestados como colisión de identidades, cuya relación con los sentimientos de identidad política construidos luego de la Independencia será variada y pocas veces armónica’¹⁰.

En *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Eric Hobsbawm hizo hincapié en la modernidad del concepto de ‘nación’ como se entendía hacia 1990, cuando escribió su obra. En ella explica que el término comenzó a utilizarse en discursos políticos y sociales en la edad de las revoluciones y especialmente a partir de la década de 1830. De todos modos, advierte que no hay que olvidar que las personas de la época tendieron a emplear ese tipo de palabras con demasiada despreocupación, en parte porque un mismo término a menudo tenía más de un posible significado. Es así, que cita a John Stuart Mill para explicar que ‘no podemos atribuir a la nación revolucionaria nada que se parezca al posterior programa nacionalista consistente en crear estados-nación para conjuntos definidos atendiendo a criterios tan acaloradamente debatidos por los teóricos del siglo XIX como, por ejemplo, la etnicidad, la lengua común, la religión, el territorio y los recuerdos históricos comunes’¹¹.

Ya refiriéndose a la construcción de los Estados-nación y a las empresas nacionalistas que la llevaban a cabo, Hobsbawm se preguntó cómo el concepto de ‘patriotismo nacional’ logró convertirse rápidamente en una fuerza política tan poderosa. En parte lo puede explicar por la capacidad de los estados y los movimientos

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid, p. 62.

¹¹ J. S. Mill (1910), *Utilitarianism, liberty and representative government*, Londres, edición Everyman (en HOBBSAWM, Eric (1998, 1990¹), *Naciones y nacionalismo*, Buenos Aires, Crítica, p. 28.)

nacionales para ‘movilizar ciertas variantes de sentimientos de pertenencia colectiva que ya existían y que podían funcionar potencialmente en la escala macropolítica’, esto es, en la organización estatal de la sociedad. A esto lo llamó ‘lazos proto-nacionales’, a los que dividió en dos tipos: el primero refería a ‘las formas supralocales de identificación popular que iban más allá de las que circunscriben los espacios reales en que las personas pasaban la mayor parte de su vida’; y el segundo se trataba de aquellos ‘lazos y vocabularios políticos de grupos selectos vinculados de forma más directa a estados e instituciones y que podían acabar generalizándose, extendiéndose y popularizándose...’¹². La respuesta a su pregunta pudo encontrarse más completa al apelar al concepto de *comunidad imaginada* introducido por Benedict Anderson en 1983.

Antes de apreciar la relevancia del concepto de Anderson, es necesario ver cómo Chiaramonte explicó este proceso que Hobsbawm asoció especialmente a Europa, en territorio rioplatense.

El análisis que realiza Chiaramonte a lo largo de su libro le permite concluir que lo que se entendía por fundamentar constitucionalmente a una nación durante el período 1810-1830 era la organización de un Estado -proceso que Halperín Donghi asegura no se concretaría hasta 1880-. Afirma a su vez, que esa organización del Estado se planteaba en términos contractualistas y ‘no en función del principio de nacionalidad que se difundió luego a partir del Romanticismo’¹³. Es así que el término *nación* era utilizado permanentemente como un sinónimo de *Estado* aunque, como explicó Hobsbawm, el concepto de *nación* conservaba su significado más antiguo que refería a ‘grupos humanos culturalmente homogéneos pero sin existencia política independiente ni pretensiones al respecto’¹⁴. En este sentido, durante las décadas de 1820 y 1830, surgió una serie de debates en torno a la existencia o no de una ‘nación rioplatense’, cuyos mayores exponentes fueron Juan Ignacio Gorriti, Valentín Gómez y Julián Segundo Agüero. Diputado por Salta, a Gorriti le preocupaba la definición de la forma de gobierno que el país adoptaría y la aclaración de qué pueblos aceptarían y acordarían integrar esa nación, sobre todo porque temía la preponderancia de los intereses porteños

¹² HOBBSAWM, Eric (1998, 1990¹), *Naciones y nacionalismo*, Buenos Aires, Crítica, p. 56.

¹³ CHIARAMONTE, José Carlos (2007, 1997¹), *Ciudades, provincias estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé Editores, p.247.

¹⁴ *Ibid.*, p. 248.

en detrimento de los de las demás provincias. Afirmaba la inexistencia de la nación en tanto no se había aprobado una Constitución –con lo que el unitario Agüero disentía completamente y para quien la nación existía aunque no estuviera constituida-. Por su parte, J. M. Díaz Vélez buscó tranquilizar las inquietudes de Gorriti explicando que, a su modo de ver, la forma lo mejor que podía hacerse para la protección contra los abusos de la provincia era constituir progresivamente a la nación: ‘...*el único medio de crear una nación, y el de libertar a los pueblos de ese influjo que se teme de una provincia más poderosa, es en mi entender el ir creando cosas nacionales...*’¹⁵.

Si este tipo de debates se fundaron en una noción contractualista del origen de la nación -algo que duraría en parte hasta el Pacto Federal de 1831-, a partir de la difusión del romanticismo ‘comenzaría a abandonarse (ya) el supuesto contractual del origen de la nación y a imponerse el llamado *principio de nacionalidad*, cuya general difusión constituiría el supuesto universal de existencia de las naciones contemporáneas hasta los días que corren’¹⁶.

La nacionalidad preexistente

Durante la primera mitad del siglo XIX el mundo presenció diversos y complejos procesos de formación de naciones dentro de los cuales los eventuales estados soberanos negociaron los términos de su constitución. Estas naciones en potencia se proyectaban como tales al asociar su consolidación a la definición de un conjunto de leyes propias y de un gobierno común. En el caso rioplatense, la historiografía de la segunda mitad de siglo decidió olvidar la artificialidad de aquel proceso de construcción, al obsesionarse ‘por *dibujar los orígenes de la nación* en términos de lo que, a partir del romanticismo, se entendería por (...) una nacionalidad preexistente’¹⁷. Con su *Historia de Belgrano*, Bartolomé Mitre ejerció de forma explícita aquella creencia en el capítulo ‘La Sociabilidad Argentina’, introducido en la tercera edición de su obra en 1877, aunque la idea había estado presente en las ediciones anteriores. De hecho, el 4 de marzo de 1854 Mitre pronunció frente a la Asamblea

¹⁵ Ibid, p. 249.

¹⁶ Ibid, p. 250.

¹⁷ Ibid.

Constituyente -que se había propuesto en esa ocasión reflexionar sobre la futura anexión de Buenos Aires a la Confederación-, su famoso discurso sobre la nación preexistente: *‘Hay, señores, un pacto, un derecho, una ley anterior y superior a toda Constitución, a esta Constitución, así como a cualquiera otra que nos demos más adelante. Hay señores, una Nación preexistente, y esa Nación es nuestra patria, la patria de los argentinos’*¹⁸. Este tipo de razonamiento sobre la unidad predeterminada del Estado que se estaba formando fue la clave que rigió en la versión de la historia nacional mitrista. Fue un legado de su experiencia intelectual en la Generación del ‘37, cuya actividad histórico-literaria estuvo signada por dos acciones en tensión: la intención de otorgar a la organización constitucional de la nación la idea mítica de una nacionalidad preexistente, y ‘el reconocimiento de la necesariamente previa creación de esa nacionalidad dado lo evidente de su inexistencia’¹⁹.

Tanto en el *Dogma Socialista* de Echeverría como en el *Fragmento Preliminar* de Alberdi, puede apreciarse cómo en el proyecto de organización de una nación argentina no existía todavía otra forma de identidad que no fuera la americana. Y aún con los intentos de Alberdi por naturalizar la existencia de una identidad política *argentina* afirmada en el imaginario rioplatense, cayó en evidencia el cortocircuito entre su maniobra y su inevitable interpretación de la realidad como hombre de época: *‘Abnegación de las mezquinas divisiones de lo pasado, y vuelta al argentinismo y patriotismo primitivo. He aquí el sentimiento común de los pueblos argentinos...’*. Los argentinos invocados no eran miembros de una *nación* sino de unos *pueblos*, lo cual contrastaba con el significado detrás de aquel ‘patriotismo primitivo’ que supuestamente refería a una nación que existió siempre y que, para ese entonces, tan solo buscaba formalizarse. Al analizar el uso, en los textos de los jóvenes del ‘37, del sustantivo *argentinos*²⁰, a floraba la vieja técnica que buscaba habilitar la existencia de ese conjunto de individuos como grupo *nacional* a través del lenguaje que lo postulaba. Este tipo de estrategias malogradas en los textos de la Nueva Generación reflejaban la confusión que existía alrededor de qué significaba esa nacionalidad que se buscaba

¹⁸ ROMERO, Luis y DE PRIVITELLIO, Luciano (2000), *Grandes Discursos de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Aguilar, p. 81.

¹⁹ CHIARAMONTE, José Carlos (2007, 1997¹), *Ciudades, provincias estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé Editores, p. 251.

²⁰ Se forzaba el uso del término: El término ‘argentino’ no se encontraba frecuentemente en los textos políticos de la época, ‘aún cuando ya la expresión República o Confederación Argentina había reemplazado a la de Provincias Unidas del Río de la Plata’ (Ibid., p. 255).

construir como sustento de la nación. Recién con las versiones de la historia nacional de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, se vería un firme y explícito ejercicio de fortalecimiento del ‘sentimiento nacional argentino’ presuponiéndole a éste una existencia desde 1810²¹. Nora Pagano los entendió como una consecuencia de ‘la necesidad de diseñar tradiciones legitimadoras y cristalizarlas en textos canónicos’²².

En estos primeros esfuerzos por crear una nacionalidad argentina puede encontrarse el primer y más fundamental elemento de la operación: Echeverría lo resumió como la ‘*fundación de creencias*’²³, una forma más poética de decir lo que Díaz Vélez ya había expuesto unos veinte años atrás, la necesidad de ‘*ir creando cosas nacionales*’.

La elite político-intelectual

Para estudiar las representaciones de la figura de Manuel Belgrano en la historiografía argentina de la segunda mitad del siglo XIX se estudiarán las obras de personalidades intelectuales, escritas entre 1857 y 1910, que a través de sus libros sobre la historia nacional buscaron contribuir a la profesionalización de la disciplina y a la misma vez, sentar una presencia pública para convertirse en referentes de la política local. La empresa de reconstrucción histórica fue pensada por ellos como una acción con efectos directos en la formación cívica del ciudadano, y por lo tanto delinearon sus argumentos en base a las consecuencias sociales que el arte estratégica de la tinta y el papel implicaban. Tanto las obras, como los debates que aquellas generaron provocando encuentros apasionados entre eruditos, encontraron cauce en una expansiva prensa periódica que los hospedó, dándoles un espacio de expresión en la prensa gráfica y acompañando así la oralidad predominante de las tertulias.

Por *elite política* se hace referencia a un grupo minoritario de individuos que rige al conjunto de la sociedad, se trata de un sector que ocupa lugares y posiciones gravitantes en la conducción del país²⁴. El término es también utilizado en plural, *elites*,

²¹ Ibid, p. 254.

²² DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 16.

²³ ECHEVERRÍA, Esteban (2007, 1846¹), ‘Ojeada retrospectiva’, *Dogma Socialista*, La Plata, Terramar

²⁴ LOSADA, Leandro (2009), *Historia de las elites en la Argentina. Desde la Conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 9 – 11.

lo cual denota la presencia de estos círculos de influencia en diferentes áreas; política, cultural, económica, intelectual y demás. En este sentido, los individuos que interesan aquí son aquellos que pertenecieron a las elites políticas entre 1857 y 1910, pero también aquellos hombres con gravitación en el mundo de las ideas y de la educación que a través de sus trabajos contribuyeron a pensar la *cuestión nacional*.

En el capítulo tercero de su libro *Historia de las elites en la Argentina*, Leandro Losada explora la formación de las mismas durante la segunda mitad del siglo XIX. Explica que a partir de 1853, cuando se formalizó la secesión de la provincia de Buenos Aires a través de la sanción de la Constitución, una ‘constante en la historia argentina’ – que el autor encuentra en la presencia de ‘articulaciones políticas organizadas’ encabezadas por fuertes personalismos unanimistas en el poder- redefinió sus identificaciones con los proyectos políticos. Si la legitimidad política había sido previamente rivalizada entre unitarios y federales, a partir de 1853 la base de esa legitimidad alcanzó al menos simbólicamente una indisputada unidad, aquella brindada por la idea de *nación*²⁵. Lo cierto es que aquella ilusión de unidad no se correspondió con un territorio partido en dos desde la Revolución del 11 de septiembre, la que sembró una organización institucional dividida, desfavoreciendo notablemente a la Confederación. En Buenos Aires, fue el *Partido de la Libertad*, liderado por Bartolomé Mitre, el que se ubicó como la principal fuerza política en la provincia. Su bandera fue la celosa defensa de los intereses de Buenos Aires, anclada en la convicción del natural liderazgo de la Provincia en los asuntos de un Estado Nacional en formación. Como explica Halperín Donghi, se trataba de una Buenos Aires que sentía más que nunca el deber de reivindicar ‘su condición de escuela y guía política de la entera nación’²⁶. Es aquí donde Losada halla el fracaso del mitrismo, que concibió la construcción de ese Estado en tanto se mantuvieran las prerrogativas bonaerenses, actuando débilmente en los canales de cooperación y diálogo con las provincias. En este sentido, el autor afirma que para prolongarse en el poder, las elites políticas del gobierno central debieron aprender a entablar lazos de lealtad con las elites provinciales del Interior, algo exitosamente logrado por el Partido Autonomista Nacional en 1880 mediante su alianza con la Liga de los Gobernadores. Esto es relevante en tanto demuestra que ‘el espacio

²⁵ Ibid, p. 109.

²⁶ DONGHI, Tulio Halperín (2005, 1995¹), *Una Nación para el Desierto Argentino*, Buenos Aires, Prometeo libros, p. 85.

de la política dejó de ser la provincia para pasar a ser la nación²⁷ y a su vez permite matizar la idea de que la elite política estuvo siempre ligada al mismo origen geográfico (Buenos Aires) y a los mismos intereses sectoriales (porteños). Estas consideraciones sirven, afirma Losada, para entender que la dirigencia política renovó sus elencos con el paso de los años y que dentro de ella tampoco hubo siempre una uniformidad de intereses o de caracterizaciones que las identificaran. En concreto, ‘la perduración en el poder de una misma constelación política no debe hacer pensar en una elite sin fisuras’. Durante gran parte de la historia argentina, no dejó de tratarse de familias criollas de raíces coloniales pero sí hubo recambios de corte político, siendo la llegada del PAN a la presidencia -de una nación sí ya propiamente consolidada²⁸- uno de los más fundamentales.

La élite de la segunda parte del siglo XIX tuvo en sus filas, tanto políticas como intelectuales, a la figura de Bartolomé Mitre, el primer presidente de la nación unificada. Hilda Sabato lo definió como el que encabezó la apertura de una nueva etapa: ‘*Con Bartolomé Mitre a la cabeza, se inauguraba una manera de hacer política diferente de la que había imperado durante los años del rosismo, y también se ponían en marcha nuevas formas de vinculación entre gobernantes y gobernados*’²⁹. La autora hacía referencia a la novedad institucional del partido político, pero bien podría argüirse que Mitre inauguró en la Argentina una nueva modalidad de relación entre el gobernante y el gobernado: la del político-historiador que le enseña al súbdito su historia nacional.

La historia intencionada

En 1858 se publicó la segunda edición de *Historia de Belgrano* escrita por Mitre. La coyuntura pronto lo obligó a apartarse de su labor historiográfica para atender la “urgencia de la espada”, algo que no dudó en subrayar a la hora de excusarse ante sus

²⁷ Ver LOSADA, Leandro (2009), *Historia de las elites en la Argentina. Desde la Conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 112 - 118.

²⁸ Si bien en 1862 se unificaron la Confederación argentina y la Provincia de Buenos Aires, en 1879 se realizó la famosa Conquista del Desierto y un año después se federalizó Buenos Aires. Esto permite concluir que es en 1880 cuando la construcción del Estado Nacional llegó a su expresión más acabada. Fue también en aquellos momentos cuando se suprimen las milicias provinciales, cuando se dispuso la creación de una moneda nacional, y cuando las leyes laicas pusieron bajo tutela estatal áreas tradicionalmente administradas por la Iglesia, como la educación y el registro de la población.

²⁹ SABATO, Hilda (1998), *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 18.

lectores. No sería hasta la tercera edición de 1876/77 que actualizaría su texto en base a nuevas investigaciones y observaciones a corregir. En ella el título se expandió e incorporó a la *Historia de Belgrano*, la de la *Independencia argentina*. A su vez agregó el capítulo de apertura sobre ‘La Sociabilidad argentina’, mediante el cual buscó asentar su interpretación sobre los orígenes de la nación. Esta obra ha sido el motivo de numerosos y acalorados debates, tanto en los tiempos de su publicación como a lo largo de la evolución historiográfica argentina. Por su desprendimiento de la *Historia de Belgrano* de 1858, se ha consensuado en aquel año el nacimiento³⁰ de la historiografía del país debido a que se la consideró el primer intento ‘serio’ por relatar el pasado *nacional*. Esta percepción de seriedad estuvo asociada a la progresiva consolidación de la figura del historiador como el indicado para la escritura de la historia –a diferencia del mero memorialista, opinador, o periodista- debido, particularmente, al uso de documentos y fuentes que respaldaban la historia contada. En ello se vislumbra la influencia de referentes externos como Guizot y Taine que veían la particularidad de la escritura de la historia en la confrontación de fuentes con carácter probatorio y en la operación técnica que suponía el compromiso de la narración histórica con su base heurística³¹. Esto se inscribió en el creciente interés de los intelectuales porteños por incorporar los conocimientos de los intelectuales del exterior, sobre todo europeos. Los primeros historiadores ‘eruditos’ –rótulo con el que Mitre fue catalogado- de la Argentina, incorporaron las actitudes hacia la historia que tenían los hombres de Estado de naciones europeas, sobre todo de los republicanos franceses³².

En *La Historia como Desciframiento*, Lionel Gossman analiza la restauración de la casa Borbón en el trono francés a modo de una empresa tanto ideológica como política que durante el período 1815-1848, y en consonancia con los demás regímenes posrevolucionarios en Europa, buscó a través de filósofos, abogados e historiadores proveer de fundamentos convincentes la vuelta del viejo poder. Es así que la escritura de la historia se concibió en términos mediadores para lidiar con un ‘nuevo orden social posrevolucionario’ que requería ‘que las aparentes discontinuidades y

³⁰ Para más sobre la construcción de una historiografía erudita en nuestro país véase Nora Pagano, *Surgimiento y Consolidación de la historiografía erudita*, capítulo 1, en DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

³¹ *Ibid.*, p. 17.

³² *Ibid.*

rupturas se mostrasen como resueltas en una continuidad superior (usualmente denominada *progreso*)³³. Al mismo tiempo, en la Generación del '37 del Río de la Plata, los textos de autores románticos buscaban encarrilar a un país en vías de construcción mediante la creación forzada de una nacionalidad postulada a través de la identidad política definida como '*argentinos*'. En ambos procesos se le concedió gran relevancia a la narración de los hechos del pasado para ofrecer una comprensión determinada del presente político. Es en los tiempos de Mitre, donde Gossman señala el auge de historiadores que contaron la historia a través de 'héroes' u 'hombres representativos' como protagonistas de los acontecimientos narrados, y que buscaban a menudo equipararse con ellos. Haciendo uso de esa práctica, Mitre construyó la historia argentina al narrarla y en el centro de la misma inventó un prócer.

Hacia 1925 Rómulo Carbia, en *Historia de la Historiografía Argentina*, coronó a Mitre como el padre de la *historia erudita* en oposición a otra tradición historiográfica central de aquellos tiempos, la *historia filosofante*, identificada con Vicente Fidel López. Aquella observación bifronte fue producto de los debates que encarnaron ambos hombres a principios de la década de 1880 al intentar defender sus respectivas versiones de la historia nacional. El trabajo de Mitre no sólo cobró críticas de López, sino que Dalmacio Vélez Sársfield y Juan Bautista Alberdi también habían manifestado sus objeciones. Aquellos encuentros pusieron al descubierto dos elementos: En primer lugar, la falta de consentimiento alrededor de las condiciones metodológicas y técnicas que la escritura de la historia debía cumplir para constituirse como tal; y en segundo lugar, la utilidad que esa historia comenzaba a tener en términos políticos, dada su funcionalidad en un contexto de construcción de Estado e identidad. Natalio Botana lo observó de la siguiente manera: '*Cuando una revolución deja abierto el conflicto por la legitimidad, el pasado, como el presente es un campo de batalla y un objeto de apropiación*'³⁴.

Es así que Mitre utilizó su libro para ejecutar una maniobra estratégica que consistió en dotar a un territorio sin unidad política ni instituciones, de una historia

³³ GOSSMAN, Lionel (1986), 'La historia como desciframiento. Historiografía romántica y descubrimiento del Otro', (Traducción de Matías Philipp) *New Literary History*, p.12

³⁴ BOTANA, Natalio (1991), *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana

común. De esta manera impuso un relato identitario que buscó crear un sentido de nacionalidad mediante la exaltación de ciertas figuras y la creación de ídolos. No es casual que la publicación del libro de Mitre haya sido en el mismo momento en que los autonomistas ganaron las elecciones en Buenos Aires convirtiendo a Valentín Alsina en el gobernador de la provincia. Si Mitre encarnaba el bando de los llamados ‘nacionalistas’, que buscaba una unión de Buenos Aires con la Confederación mediante un liderazgo del gobierno central en detrimento del Litoral, Alsina encabezaba la postura ‘autonomista’ que demandaba una autonomía mucho más radical de la provincia. En este sentido la *Historia de Belgrano*, apeló a la *totalidad* de la nación, concediéndole mediante las letras una unidad que se pretendía irrefutable.

En definitiva, lo que se buscó construir fue una ‘comunidad imaginada’³⁵, es decir, un grupo de individuos que comenzara a percibirse con una unidad construida socialmente bajo la forma de la *nación* y todo lo que a ella la distinguía de otras –que en su forma más básica encontraba esa historia nacional-. Esta manera de imaginar la unidad del pueblo argentino precisó de la *invención de tradiciones*. Hobsbawm adjudicó a estas tradiciones creadas desde el poder político, el carácter de invariabilidad. Ello creaba el efecto de continuidad con el pasado colonial en Mitre, que a través de esta operación buscó caracterizar a la nacionalidad, que estaba tratando de crear, de preexistente. Es decir, una nación que siempre fue nación y que siempre compartió elementos propios, *argentinos*. En *La Invención de la Tradición*, Hobsbawm esbozó tres tipos de tradiciones inventadas, dos que se aplican a la maniobra mitrista y a la de otros autores de la misma época: aquellas tradiciones que establecían o simbolizaban cohesión social o pertenencia al grupo, ya fueran comunidades reales o artificiales; y aquellas que se establecían para legitimar instituciones, estatus o relaciones de autoridad³⁶. Como se verá, estos procesos estuvieron presentes a lo largo de todo el período transcurrido desde 1857 hasta 1910, aunque a veces bajo diferentes formas, y promovidos por diferentes personalidades. Uno de los momentos en los que se apreció más nítidamente la necesidad de estas operaciones fueron las décadas de 1880 y 1890

³⁵ ANDERSON, Benedict (1993, 1983¹), *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica

³⁶ HOBSBAWM, Eric (2002, 1983¹), *La invención de la tradición*, Buenos Aires, Crítica, p. 16.

con la significación de signos como la bandera nacional, el himno nacional, y el panteón moralizante de hombres ilustres.

PARTE 2

De 1857 hasta 1890 no hubo tradición historiográfica capaz de sustituir a la mitrista³⁷. De estos años, fue en *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* y en *La historia de San Martín y la Emancipación sudamericana* donde Halperín Donghi encontró la más notoria expresión de la historiografía erudita. José Luis Romero definió a Mitre como el constructor de la historia nacional a través de la cual supo afirmar ‘*nuestra existencia colectiva*’. A su vez, Nora Pagano encontró la clave del éxito mitrista en mantener su monopolio sobre la historia argentina durante estos años en ‘la consumación de una conciencia histórica que le permitía hilvanar convenientemente una imagen del pasado, presente y futuro de una nación que fraguaba en el relato y en la gestión política’³⁸. En Mitre este simultáneo quehacer de la historia y la política se logró a través de la ‘*biografía ejemplar*’.

La biografía ejemplar

El primer capítulo de la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, ‘La sociabilidad argentina’, abrió el libro ilustrando la operación que articularía la lógica de todo el texto: ‘*Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época*’. Mitre fue el primero de una larga tradición que combinó a los protagonistas militares y civiles de la época con la historia de las batallas de la independencia convirtiéndolos en un mismo e indivisible objeto de análisis. Contar la historia de la independencia a través de la figura de Manuel Belgrano fue la elección del autor, quien señaló explícitamente los beneficios del género: ‘*la antorcha de la biografía ilumina el libro de historia a la vez que el camino del historiador*’³⁹.

La biografía escrita por el francés Louis Adolphe Thiers, pero sobre todo Villamain con su *Historia de Cromwell*, influyeron decisivamente en la formación intelectual de Mitre, quien desde el exilio ya había comenzado a ejercitar la escritura

³⁷ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 15.

³⁸ *Ibid.*, p. 16.

³⁹ *Ibid.*, p. 24.

biográfica⁴⁰. Nora Pagano explica que fue con Víctor Cousin que conoció el concepto romántico de ‘hombre representativo’ ya señalado en estas páginas. Manuel Belgrano se constituyó en esa figura ejemplar narrada por Mitre para la representación de la virtud *republicana*, una cualidad que buscaba promover en los lectores. Aquel *hombre representativo*, que se esperaba ser representado como un ser incorruptible y cuasi-divino, fue retratado en cambio ‘con aciertos y errores, debilidades y grandezas’⁴¹ lo que según el doctor en Letras Martín Kohan, logró automáticamente esos efectos de incorruptibilidad y divinidad, pues el héroe, el prócer, ese hombre representativo, no es el que no cae, sino el que se levanta. Allí residía la moralidad en el texto de Mitre; la humanización de Belgrano fue central a su heroización. La lección ética ofrecida por el autor estuvo presente también en esa historia que Belgrano le permitió contar –o hace que le permitiera contar-. A ella se le impuso un sentido de antemano que consistió subordinar todo lo narrado a la idea de la *independencia*, que dictaba junto a Belgrano la significación de la historia nacional⁴². Aquella significación impuesta le dio un sentido a lo narrado que Mitre construyó a partir de los datos presentados, pero por sobre todo desde la ‘organización narrativa de (esos) datos’⁴³. De esta manera, de Víctor Cousin Mitre también habría tomado la ‘tarea’ de otorgarle a los contenidos relatados un sentido moral. El filósofo francés así lo había ordenado hacia 1828:

*‘Si todo tiene una razón de ser, si todo tiene una idea, un principio, y una ley, nada es insignificante y todo tiene un sentido, y ese sentido es lo que el historiador filósofo tiene el deber y la misión de discernir’*⁴⁴.

Es así que la elección mitrista de encarnar la virtud *republicana* de la nación en Manuel Belgrano hablaba más sobre el uso de aquella ‘virtud’ en particular que sobre el caudal utilitario de la figura del prócer en sí. Es decir, el carácter *inherentemente* ‘republicano’ que Mitre atribuía a la nación, fue una idea tomada del

⁴⁰ Ibid. p. 24.

⁴¹ Ibid.

⁴² Ibid.

⁴³ KOHAN, Martín (2005), *Narrar a San Martín*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, p.151.

⁴⁴ Víctor Cousin, ‘Octava lección del 12 de junio de 1828’ cit. en R. Picard, *El romanticismo social*, p. 219, (en WASSERMAN, Fabio (2008), *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Editorial Teseo, p. 23.)

modelo revolucionario francés que hizo del nacionalismo la *religión cívica* del cierre del siglo XIX, que a su vez se desparramaría geográficamente a lo largo del siglo XX. La República como la nueva forma de gobierno de Francia adquirió, como es sabido, pretensiones de modelo universal y una cálida recepción en los ‘pueblos oprimidos’. La abrupta transición que el modelo francés encarnaba entre una idea de nación definida territorialmente a una idea de nación definida contractualmente, permitió a las autoridades políticas someter/invitar a los potenciales ciudadanos (ya fueran habitantes locales o inmigrantes extranjeros) a integrarse a ella⁴⁵. Aquello demandaría la construcción de una identidad cultural para la nueva nación; integrando a las masas al proceso operativo delineado desde arriba.

Historias encontradas: reacciones y debates

La aparición de un texto fundacional de la historia argentina basada en el accionar de un prócer no tardó en provocar la reacción de críticos que, a través de sus correcciones y propuestas, buscaron exponer las debilidades y trampas del relato mitrista. La expansión del asociacionismo y de la prensa periódica en la segunda mitad del siglo XIX encuadró los debates intelectuales en un afán por habilitarlos al conocimiento público. Este mecanismo permitió que los exponentes de cada versión de la historia se hiciera conocido por sus argumentos y fuerzas, inspirando una conciencia socio-histórica, y en definitiva política, en los lectores, quienes no eran nada más y nada menos que el potencial prosélito. Los políticos, los hombres de letras, los intelectuales, los publicistas, y otros tipos de hombres públicos, empezaron a volcarse hacia el ciudadano a través de su pedagogía cívica en estos órganos de discusión, que de a poco –y con claras intenciones políticas- abrían sus erudiciones históricamente reducidas a la elegancia de las tertulias excluyentes, hacia un paisaje menos clasista. Para hacer primar sus respectivas versiones de la historia argentina, los exponentes debieron respaldarse en tradiciones legitimadoras de sus contenidos capaces de encuadrar sus argumentos en linajes que se acercaran lo más posible a ese imaginario de *lo nacional*. Si Mitre había elegido a Belgrano para representar la virtud republicana y democrática de la *eterna*

⁴⁵ DEVOTO, Fernando J. (2002), ‘Introducción’, p. XVII, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana

nación argentina, funcionaba como una insinuación bastante marcada para pensar al mismo biógrafo como el heredero de esas cualidades *tan necesarias* en una argentina en formación. El mismo Sarmiento lo expuso en el *Corolario* (1858) al trazar paralelismos poco inocentes entre Belgrano y Mitre: *‘fueron publicistas cuando la patria y la libertad requirieron el contingente de sus luces, y ambos abandonaron la pluma para ceñir la espada cuando la invasión vino a llamar a las puertas de Buenos Aires...’*⁴⁶. Sin ir tan lejos, el propio Manuel Belgrano en su *Autobiografía* se auto-adjudicó la estampa de hombre ejemplar para las generaciones venideras: *‘Nada importa saber o no de la vida de ciertos hombres, que todos sus trabajos y afanes los han contraído a sí mismos, y ni un solo instante han concedido para los demás; pero la de los hombres públicos debe presentarse, o para que sirva de ejemplar que se imite, o de una lección que retraiga de incidir en sus defectos... porque la base de nuestras operaciones es siempre la misma, aunque las circunstancias alguna vez la desfiguren’*⁴⁷. Esta cita no mereció menos que el párrafo de apertura en la obra inaugural de Mitre.

Las posturas historiográficas enfrentadas aparte de –y más que- reflexionar sobre el pasado, ponían de manifiesto las tensiones entre las facciones en pugna del presente político; el terreno de la historia se tornaba en repetidas ocasiones en un pretexto para la crítica contemporánea. Y más allá de la lucha entre egos, los protagonistas de los debates se consagraban a los ojos de una incipiente esfera pública, en los referentes de la conducción política del país.

El debate se abrió con una serie de artículos escritos por Dalmacio Vélez Sársfield hacia 1864 en su periódico, *El Nacional*. Sus objeciones a la *Historia de Belgrano* fueron respondidas por el presidente Mitre en *La Nación Argentina*, diario que pronto después sería rebautizado como *La Nación* bajo su dirección. El ida y vuelta de esta polémica fue rápidamente –ese mismo año- reeditado en forma de libros: *Rectificaciones históricas: General Belgrano, General Güemes*, de Vélez Sársfield, y *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo: Belgrano y Güemes*, de Mitre.

Una de las preocupaciones más enfatizadas por Vélez Sársfield fue la exaltación del liderazgo porteño, representado en la imagen creada alrededor de la

⁴⁶ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 26.

⁴⁷ MITRE, Bartolomé (1877), Tomo I, ‘Prefacio’, p. IX., *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Jackson de Ediciones Selectas

figura de Manuel Belgrano, en detrimento del papel jugado por las masas y sus caudillos en el movimiento por la independencia. Consideró que Mitre había sobreestimado la relevancia de Belgrano y desatendido la importancia de los pueblos de las provincias en los acontecimientos relatados. Reivindicaba de esta forma a la figura de Güemes, colocándolo a la par de San Martín y Simón Bolívar en el imaginario de los grandes hombres argentinos. Aquellos ajustes que le hacía el cordobés a Mitre sobre el relato de la historia se traducían en críticas indirectas hacia la política contemporánea de un territorio que se encontraba sumergido en un contexto donde los resentimientos provinciales tras la Batalla de Pavón y los indicios de un estallido bélico contra el Paraguay, estaban a flor de piel⁴⁸. Hacer de Manuel Belgrano un héroe de la historia nacional, explicitaba según Vélez Sársfield, a tan sólo dos años de la unificación de Buenos Aires con la Confederación, ese criterio porteño que se proyectaba en una voluntad por dominar a un territorio *inferior*, al que se consideraba carente de héroes propios y por ende, en condición de ser abastecido con tales.

El cordobés encontró particularmente erróneo el enunciado mitrista que postulaba la enemistad e indiferencia de los pueblos del Norte respecto a la causa revolucionaria hacia 1812, y la consecuente necesidad de una figura como Belgrano para la reactivación del espíritu independentista y el amor a la patria. Aquella lectura *ofensiva* hacia los pueblos de Rosario hasta Jujuy⁴⁹ se fundaba en la toma automática de Mitre de las palabras de Belgrano en su *Autobiografía* y otros apuntes, como verdades históricas. Vélez Sársfield no sólo se ocupó de derribar esos prejuicios sobre los pueblos del interior, contruidos por un personaje que tenía un claro *carácter despótico y antidemocrático*⁵⁰, sino que enalteció el accionar de otras figuras, aparentemente intencionalmente olvidadas por Mitre, como el coronel Carrera de Córdoba, en el compromiso que los pueblos habían contraído el 25 de Mayo de 1810 con la independencia argentina, y más aún con la emancipación sudamericana⁵¹. La narración de los hechos por Vélez Sársfield invertía la lógica del texto de Mitre al atribuir a los pueblos, y no a los jefes cívico-militares, los actos heroicos que condujeron al triunfo

⁴⁸ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p.27

⁴⁹ VELEZ SANSFIELD, Dalmacio, *Rectificaciones históricas, el General Belgrano*, (en *Obras Completas de Bartolomé Mitre*, (1942), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, Volumen XI, p. 416.)

⁵⁰ Refiriéndose a Belgrano, (Ibid. p. 419.)

⁵¹ Ibid, p. 420.

independentista de las Provincias Unidas del Río de la Plata –ilustrado por ejemplo en los tucumanos que ofrecieron a un general *desconocido* (Belgrano) todos sus recursos – hombres, caballos, ganado, etc.- cuando éste pasaba por la provincia hacia 1812 en la lucha contra los españoles-⁵². De esta manera, la supuesta crucialidad de Belgrano en la motivación revolucionaria de los pueblos era expuesta como un error cuyo autor, en voluntad de *‘realzar a un hombre más allá de su verdadera medida’*⁵³, había condenado a los pueblos a un rol insultante.

*‘...para crear héroes con atributos que nunca tuvieron, es preciso infamar a los pueblos...’*⁵⁴

(Dalmacio Vélez Sársfield)

Con aquella frase no sólo se debilitaba la supuesta obviedad del heroísmo belgraniano, sino que se cuestionaba duramente el bastión que lo sostenía a Mitre en calidad de historiador: su uso de archivos y documentos. Mantuvo que *debido a su apoyo en las fuentes, su historia estuvo condenada a la parcialidad desde el comienzo ya que éstas reflejaban los intereses de las clases altas y no la veracidad de los hechos: ‘...como las masas y sus líderes populares dejan pocos rastros escritos, su historia exige métodos que incluyan la leyenda, la tradición oral y los testimonios’*⁵⁵. Es decir, el uso de documentos oficiales, de lo que Mitre tanto se jactaba, no contenían para Vélez Sársfield la verdad de la historia. Pero estos reproches técnicos que le hacía a Mitre, se daban en un momento en el cual el canon erudito de la narración histórica estaba definiendo su identidad diferenciándose de esos géneros mencionados, como también del relato literario, de la biografía, de la autobiografía, y del género memorialístico. Esto mostraba la falta de consenso alrededor de cómo debía escribirse la historia y de qué fuentes debía nutrirse la misma, lo que ponía –y pone- en duda la fecha del surgimiento de la historiografía argentina. Cabe aclarar, no obstante, que si

⁵² Ibid, p. 419.

⁵³ Ibid, p. 416.

⁵⁴ Ibid, p. 421.

⁵⁵ En SHUMWAY, Nicolás (1991), *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé

bien la práctica histórica se consolidaba cada vez más como una profesión autónoma, ésta no dejó nunca de apoyarse en los otros géneros de los que buscó separarse⁵⁶.

En fin, Mitre descalificó aquellas críticas de Vélez Sársfield por no estar apoyadas en pruebas documentales -y en consecuencia catalogó a sus juicios como producto de una *‘palabra anónima y desautorizada’*⁵⁷. A su vez lo criticó por inconsistente, ya que le discutió el lugar concedido a Belgrano en su relato de la independencia supuestamente despreciando la relevancia del accionar de los pueblos -y por inflar su imagen hasta hacerlo héroe-, mientras que él no había hecho algo tan distinto con la figura de Güemes. Así lo acusó de no comprender el sentido primero detrás de su obra y la maniobra *bienintencionada* de la supuesta preeminencia de ciertos personajes en el relato de la independencia: *‘ese libro, al cual parece reprochársele, sacrificar la influencia eficaz de los pueblos a la acción aislada de las individualidades históricas, fue precisamente escrito para despertar el sentimiento de la nacionalidad argentina, amortiguado entonces (1858) por la división de los pueblos’*⁵⁸. Vale resaltar nuevamente el uso de la palabra ‘pueblos’ en lugar de ‘nación’.

*‘...los hechos se someten flexibles a su pluma de historiador...’*⁵⁹

(Juan Carlos Gómez)

La legitimidad de la obra de Mitre se cuestionaba entonces desde dos frentes: el de la rigurosidad histórica y el de la maniobra política. En ninguno de los dos casos Mitre consideraba estar infamando a los pueblos. Relatar los hechos de la historia independentista devenía –para él- naturalmente en el cumplimiento de la estrategia política, pues en la *transparente y fiel* investigación del historiador se desempolvaban estas ilustres personalidades a quienes el país tanto les debía. De esta manera, el texto de Mitre no sólo ‘era’ *informativo*, sino que también era *reparador*: sanaba la injusticia del olvido y la indiferencia que la memoria nacional habían contraído hacia Belgrano,

⁵⁶ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 25.

⁵⁷ MITRE, Bartolomé (*Obras Completas de Bartolomé Mitre*, (1942), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, Volumen XI, p. 273.)

⁵⁸ Ibid, p. 27.

⁵⁹ Ibid, p. 28.

contribuyendo a la causa de *‘colocar sobre sus sienes inanimadas la corona tardía de la inmortalidad’*⁶⁰.

La sacralización de Belgrano era facilitada en tanto contrastada con muchedumbres salvajes. La virtud, la abnegación, la fortaleza de ánimo, eran todas condiciones del prócer que resplandecían *‘en medio de aquella tempestad desencadenada de pasiones sórdidas y feroces’*⁶¹ que había tenido que sofocar durante la guerra civil. No era un *genio político*, pero sí un *‘gran ciudadano y un verdadero héroe republicano’*, y aquello hacía de su gloria un patrimonio nacional⁶²: *‘Belgrano es una de las más simpáticas ilustraciones argentinas, y una de sus glorias más puras de la América, no sólo por sus memorables servicios a la causa de la independencia y de la libertad, sino también, y muy principalmente, por la elevación moral de su carácter y por la austeridad de sus principios democráticos’*⁶³. Era importante para Mitre aclarar que *‘Belgrano no era ciertamente un demócrata a la manera de Artigas y de Güemes, expresiones exageradas de la democracia’*⁶⁴. En otras palabras, el prócer del biógrafo no era un *‘demagogo furioso’*, ni un *‘revolucionario de bando’*, pues *‘nunca buscó la popularidad fácil, ni halagó las pasiones vulgares, ni acaudilló banderas’*⁶⁵. La separación de los protagonistas de la historia argentina entre hombres más y menos dignos de ser incorporados a la memoria nacional se daba en un contexto que parecía repetir los hechos y someter a Mitre a la misma acción civilizadora que le competió a Belgrano durante la guerra civil: la espada ahora era la pluma, a través de la escritura, Mitre debía dibujar el pedestal sobre el cual se erigirían los verdaderos grandes hombres de la historia en un momento en que desde el Interior se alzaban caudillos federales como el *‘Chacho’* Peñaloza, Felipe Varela y Ricardo López Jordan, removiendo pasiones y desestabilizando la maniobra porteña por nacionalizar sus propios valores.

⁶⁰ Ibid., p. 267.

⁶¹ Ibid.

⁶² Ibid. p. 300.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Ibid. 304.

⁶⁵ Ibid. 305.

*'Historiar es gobernar'*⁶⁶

(Juan Bautista Alberdi)

La discusión entre Vélez Sársfield y Mitre fue catalogada por Juan Bautista Alberdi de pueril, ya que uno defendía a Belgrano, el otro destacaba a Güemes, pero ninguno entendía que la revolución y la independencia habían sido más que la vida de ciertos hombres enaltecidos:

*'No se les ocurre que si la revolución argentina no hubiese tenido por causas las mismas que la produjeron en toda la América española, los triunfos de Belgrano y Güemes no habrían bastado a salvar el Plata de una dominación continental y general. Ven todo el enemigo de la revolución en los ejércitos españoles que estaban en el Perú, y consideran esos ejércitos como entidades absolutas, viviendo por sí mismas, de una vida propia e independiente del estado del país por quien peleaban: la España'*⁶⁷.

La preocupación por construir protagonistas, según Alberdi, los había cegado del panorama internacional que motivó y sentó las bases para que el proceso de la independencia fuera siquiera posible. Este entendió la historia en términos causales, siendo la independencia argentina una más de las independencias americanas, ésta una fase de la revolución de España, que era a su vez producto de la francesa, y ésta última consecuencia de la transformación por la que venía pasando Europa hacia tres siglos⁶⁸. El autor de *Las Bases* atacó sistemáticamente a Mitre y a su historia en *Grandes y Pequeños hombres del Plata*, publicado en 1912 desde París, pero concebido hacia 1865. Criticó el oportunismo de Mitre por relatar una historia funcional a sus objetivos políticos, y desprestigió su labor de presidente al burlarse de los supuestos paralelismos que trazaba entre él y su ídolo: *'Mitre parece querer hacer la historia de Belgrano después de haberla escrito'*⁶⁹; en clara referencia a la guerra con Paraguay en 1865, país al que Belgrano había ido a combatir en 1810. Entre numerosas y arduas críticas que Alberdi le dedicó, las relevantes aquí son dos: primero la creación de un héroe en Belgrano –y en San Martín–; y segundo, el mal –y convenido– uso de los documentos

⁶⁶ ALBERDI, Juan Bautista (1991, 1912¹) *Grandes y Pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra

⁶⁷ *Ibid.*, p. 64.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 26

⁶⁹ *Ibid.*, p. 65.

para respaldar esa ‘falsa’ historia. Ambas observaciones fueron para Alberdi elementos que merecían una inmediata corrección dada las repercusiones que podía generar en una sociedad en ciernes un mal entendimiento del pasado, condicionando su comportamiento en el presente y comprometiendo su manejo del porvenir.

La escritura de la historia de un pasado tan cercano arrimó las objeciones al libro a las críticas a la gestión de turno, que en estos casos coincidió con el desprolijo proceso de formación de un Estado, que culminó en 1880. Si Mitre hizo política a través de la escritura de la historia, entonces las contestaciones a dicha historia atacaron inevitablemente los efectos políticos que pudo tener. De esta manera, Alberdi sostuvo que una mala ilustración y comprensión del pasado produjo erradas políticas, asociado – según él- a la poca sensibilidad de ciertos hombres públicos con la realidad que los rodeaba: *‘Belgrano y San Martín dejaron los dibujos del edificio nuevo. Rivadavia, los andamios. La generación actual se ha alojado bajo aquellos andamios, los ha cubierto de lienzos, y, a esa especie de tienda de campaña, ha dado el nombre de edificio definitivo’*⁷⁰. También señaló el error de adjudicar a los grandes militares todo el mérito de la emancipación. Arguyó, como ya se vio, que la causa principal de la independencia, y la garantía de su mantenimiento, provinieron de Europa, por su apoyo al libre comercio entre América y su industria, principalmente. Los que no entendían aquello, a quienes Alberdi llamó *‘los adulones de la vanidad nacional’*, se equivocaban al presentar como un enemigo lo que era en realidad el sostén de la independencia. Aquel tipo de construcción *errada* de la historia extraviaba la política que surgía de ella⁷¹.

*‘... Se trata de un Belgrano ideal, no del general que todos conocieron’*⁷²

(J. B. Alberdi)

Alberdi inventó el concepto de *“parasitismo republicano”* para trazar una analogía entre aquellas razas de animales que viven en el hombre y del hombre, y ‘los

⁷⁰ Ibid. p. 60.

⁷¹ Ibid. p. 63.

⁷² Ibid.

males que afligían el cuerpo social de las repúblicas de América'⁷³. Así explicó que ellas fueron víctimas de un parasitismo o 'raza de nullos' que se nutrieron de la vida póstuma de los muertos ilustres'⁷⁴. Aquella crítica, lo que hacía básicamente era desautorizar el uso político de la historia, identificado con la fundación de héroes nacionales para aglutinar una sociedad en formación mediante la creación de recuerdos históricos comunes. Aquel 'vivir del pasado' se asemejaba, según Alberdi, a la dinámica de las monarquías y grandes familias aristocráticas, que 'hacían del pasado un perpetuo presente', a través del apellido trasladado de padres a hijos. Aplicó este comportamiento a las mismas repúblicas, en donde mediante la aristocracia de los héroes y los libertadores se alimentaba constantemente ese pasado construido'⁷⁵. La elección de los próceres en la historia de Mitre era, entonces, a duras penas desinteresada.

Los errores de Mitre no terminaron allí; haber querido explicar la vida de Belgrano a través de la época en que la vivió fue inapropiado ya que, para Alberdi, Belgrano no fue representativo de los tiempos de la independencia. Es decir, si bien su vida coincidió con ella, no había que perder de vista que ésta había sido sólo una faz de la revolución y ni siquiera su punto central. Aquel, en cambio, había sido la creación de un gobierno nacional y libre, con lo que Belgrano había estado 'en clara oposición'. Tanto éste como San Martín habían apoyado a un gobierno democrático de origen pero depositario en un soberano; la monarquía representativa como la forma de gobierno más conveniente 'para salvar las miras de la revolución de Mayo'. De esta manera Alberdi señaló que la exaltación de aquellas figuras en la historia de Mitre estuvo asociada no tanto a lo que *hicieron* aquellos hombres, sino a lo que *quisieron hacer* y quedó sin realización. Con eso no se refirió ya al plan monárquico del Carlotismo ni al fallido esbozo de la monarquía incaica, sino a la acción de premiar al héroe por sus ideas y objetivos finales, en lugar de juzgar lo que efectivamente había logrado con sus acciones: *'La posteridad es así: paga mejor las promesas que las obras; las esperanzas, que las realidades. Mitre es órgano dócil de esa manera de administrar la justicia histórica'*⁷⁶.

⁷³ Ibid. p. 27

⁷⁴ Ibid.

⁷⁵ Ibid, 32 y 33.

⁷⁶ Ibid. p. 60.

A diferencia de Vélez Sársfield, Alberdi sí creyó que la verdad histórica podía ser encontrada en los archivos y documentos, el problema residía en la fiel representación de los mismos. Por miedo a lastimar el orgullo del país, sostenía, ciertos autores prefirieron tergiversar la verdad que las fuentes mostraban y respaldarse mayormente en la tradición y en la leyenda popular, que frecuentemente avalaban una historia digna de ser imitada, personificada en los grandes hombres, sus actores principales. De este modo, definió a la historia de Mitre como ‘la leyenda documentada’, una ‘fábula revestida de certificados’. Con ello denunciaba la parcialidad del autor respecto a su uso de documentos, ya que omitía deliberadamente la exhibición de cierta información que mostraba ‘la historia que Mitre no haría porque no es agradable, ni da(ría) votos para la presidencia...’⁷⁷. En este caso en particular, Alberdi se refirió a las batallas ganadas con la bandera argentina: *‘Los colores argentinos han hecho un poco lo que Mitre: han hecho campañas y ganado batallas en toda América, menos en su país, donde fueron ganadas con la bandera del rey, naturalmente, excepto la de Ayacucho, en que fueron libertadas las Provincias Argentinas del Alto Perú, por las banderas del Perú y Colombia’*⁷⁸. De esta manera el libro de Mitre demostraba no ser mucho más que ‘una revolución contra la autoridad de los documentos’, según Alberdi. Le pareció torpe a su vez la arrogancia de Mitre al querer legitimar su historia haciendo hincapié en los cinco mil documentos sobre los que se apoyó su relato, ya que si estuviera contando la historia de un simple hombre que fue héroe de veras, no hubiera necesitado tantos papeles para justificarlo. Valiéndose de los mismos documentos que Mitre ofrecía en su libro, Alberdi emprendió un proceso de des-heroización de Belgrano y San Martín: *‘El paralelo que Mitre hace entre San Martín y Belgrano, es todo un tejido de invenciones... No se puede dar apreciación más falsa que la que hace (Mitre) de las cualidades de estos dos hombres’*⁷⁹.

Según Alberdi, la calidad de disciplina que Mitre les adjudicaba no era propia de ningún héroe sino de todo soldado, y en todo caso, cualquier distinción de ‘sus espíritus de orden’ provenía de la educación europea que habían recibido y no de cualidades personales. Explica que San Martín no *había nacido para* la guerra, como

⁷⁷ Ibid. p, 68.

⁷⁸ Ibid. p, 69.

⁷⁹ Ibid.

sostuvo Mitre, porque desde Tucumán vomitaba sangre y su perseverancia era dudosa ya que había dejado a su campaña y partido a Europa, donde ‘perseveró veinte años en no ocuparse de su país’⁸⁰. San Martín, en fin, ‘no fue un genio sino entre mediocridades’ y su tan aclamada campaña militar, según Alberdi, podía resumirse de la siguiente forma: ‘*pum, pum, pum, etc., etc., etc., los etcéteras fueron acabados por otros*’⁸¹. Algo parecido sucedía con Belgrano: ‘...*un Belgrano iluminado de ese modo, debía ser toda una revelación, para el pueblo que no vio nacer semejante ser*’⁸². Alberdi consideraba que juzgar el pasado era, de cierta manera, ocuparse del presente. Como ya se mostró, el autor de *Las Bases* fue un fiel creyente de que una mala lectura del pasado había sido la causa de las malas políticas de su generación. Concibió por ello la utilidad de la historia en los siguientes términos: ‘*La historia no es un simple catecismo de moral, una simple galería de modelos edificantes; es una ciencia que explica el por qué de los hechos desgraciados y el cómo se podrían prevenir y reemplazar por otros felices, exponiendo al mismo tiempo los acaecidos y realizados*’⁸³.

Para sus críticos, Mitre había mostrado que la historia era efectivamente eso: un catecismo de moral y una galería de modelos edificantes; ¿o acaso la *Historia de Belgrano* no había nacido de la *Galería de Celebridades argentinas* cuyos objetivos ya se han expuesto?

‘Del general Belgrano poco tenemos que decir: sus virtudes lo defienden de todo...’

(Vicente Fidel López)

Vicente Fidel López no pareció estar en desacuerdo con el afán mitrista por hacer de la historia una pedagogía cívica; la historia fáctica pura –como sostuvo Thomas Macaulay- era considerada ‘de gran valor, pero un poco tediosa’⁸⁴. En este sentido, pareció querer excusarse de antemano de cualquier operación que fuera a ejecutar en su obra al citar a Pierre Lanfrey: ‘*No me disculpo de haber buscado en mi narración enseñanzas a nuestra situación política. La exposición de los hechos no*

⁸⁰ Ibid., p. 169.

⁸¹ Ibid., p. 176.

⁸² Ibid., p. 20

⁸³ Ibid., p. 32

⁸⁴ LOPEZ, Vicente Fidel (1957, 1883¹), *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina, Tomo 1, p. 32.

ofrece a las investigaciones sino un interés limitado; pero las lecciones que se pueden sacar de ellos, pueden renovarse hasta el infinito. Ellas son las que dan a la historia su profundo atractivo, su benéfica influencia, su inagotable variedad...⁸⁵. López hizo propia la fórmula de Macaulay, que concebía la narración histórica como una combinación de poesía y de filosofía capaz de ‘imprimir en el espíritu las verdades generales que representan al vivo los caracteres y los sucesos particulares’⁸⁶. Aquellas ‘verdades generales’ se tradujeron, en la obra de López, en una estructura explicativa construida en torno a un *fenómeno moral* que se suponía presente a lo largo de toda la historia argentina⁸⁷. En el centro de esa moralidad inherente al espíritu nacional, había que ‘dar la realidad de la carne y de la sangre a los personajes históricos que pudieran presentársenos como personificaciones ideales y alegóricas de la leyenda...’⁸⁸. Manuel Belgrano era uno de ellos. Lo cierto es que más que glorificarlo, lo que hizo López fue reivindicarlo; por momentos sus descripciones no fueron más que una justificación constante de su categorización como *gran hombre* de la historia argentina. Por ejemplo, en referencia a la mala reputación que cobró el personaje tras haber liberado a los soldados realistas en Salta, el autor escribió: ‘Todos sabían que no era un carácter militar, que era un político inocente y sin calidades; pero su bondad y las virtudes personales que brillaban en todos sus actos, la sensatez tranquila de su conducta y su amor desinteresado por la disciplina hacían que se le disimulasen todas las condiciones de la carrera que le faltaban, y si en privado era a veces objeto de burlas por los hombres del campamento, nadie violaba en público la veneración y la gratitud con que todos lo miraban...’⁸⁹. Pareciera haber sido una figura que inspiró lástima entre sus contemporáneos, incapaz de ejercer las cualidades del pragmatismo y del ingenio, pero sin embargo, merecedor del respeto de la historia por otros atributos. Fue así ‘el modelo más simpático de la abnegación inocente con que un patriota puro puede dedicar su vida al servicio de una renovación social que, si alguna vez le exigió más de lo que él podía darle, recibió lo bastante, con lo que le dio, para dejar justificada la gloria de su nombre’⁹⁰. Diferente fue el caso de San Martín, quien, según López, ‘no tenía ojos ni

⁸⁵ Ibid., p. 35.

⁸⁶ Ibid., 32.

⁸⁷ Ibid., p. 9.

⁸⁸ Ibid., p. 32.

⁸⁹ Ibid., Tomo 2, p. 15.

⁹⁰ Ibid., p. 304.

*corazón para apreciar (las) vitales necesidades de la patria en que había nacido*⁹¹. Una valoración conjunta de ambas personalidades fue expuesta por el autor cuando describió la actitud de Belgrano tras haber sido ordenado movilizarse a Rosario a partir de las noticias del Lord Strangford de que el ejército portugués llegaría a las fronteras de Buenos Aires en enero de 1812: *‘El general Belgrano se dedicó, desde luego, a llenar los fines de su comisión con aquel celo incansable que era una de las grandes cualidades de su noble corazón y sincera naturaleza. Patriota y amigo de comunicar a sus soldados el ardor candoroso que bullía en su alma, y que era de moda antes que San Martín hiciera del soldado un soldado y nada más, Belgrano acostumbraba amenizar sus tareas dando proclamas y órdenes del día que, en su concepto, debían producir una grande fuerza moral en sus tropas*⁹². Representaciones de este estilo estaban en manifiesta sintonía con las descripciones que había hecho Mitre de Belgrano. Los autores no lograron, sin embargo, acordar respecto a otras cuestiones de la historia nacional, y por ello terminaron protagonizando un acalorado debate en la década de 1880.

En 1881 y 1882 se dio un nuevo enfrentamiento entre dos versiones de la historia argentina. Al relato de Mitre lo confrontó el de Vicente F. López, cuya postura se vulgarizó en el término de historia *filosofante* por su desaprobación de la centralidad y veracidad que las fuentes y los documentos parecían asegurar (y por lo que ya se señaló respecto a al uso de la filosofía y la poesía en su forma de escribir la historia). Al igual que Mitre, López había vivido la experiencia del exilio y, como a toda la generación romántica, el destierro otorgó a sus palabras una autoridad casi automática. Pero a López lo legitimaba sobre todo su pasado familiar: su padre, Vicente López y Planes, no sólo había sido el autor del Himno Nacional Argentino en 1813, sino que también había sido un hombre público comprometido políticamente con el país; había sido secretario del Congreso Constituyente de 1824, ministro de Rivadavia, juez bajo Rosas, y presidente del salón literario *Marcos Sastre*. Este parentesco le facilitó el contacto con varias figuras de la dirigencia posrevolucionaria⁹³, lo que enriqueció su producción tanto historiográfica como literaria. Al igual que Mitre, se constituyó en una

⁹¹ Ibid., p. 174.

⁹² Ibid., p. 397.

⁹³ DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 32

personalidad pública y políticamente activa: como opositor a Rosas emigró a Uruguay y a Chile, fue ministro de su padre, convencional constituyente en 1853, jurista, senador provincial y ministro de economía de Carlos Pellegrini. Como figura intelectual y hombre de letras sus características más destacadas fueron las de participar impulsivamente de la masonería, codirigir la *Revista del Río de la Plata* junto a J. M. Gutiérrez y A. Lamas, y ejercer el rectorado de la Universidad de Buenos Aires durante 1873-1876⁹⁴.

La empresa histórica de una personalidad con semejante bagaje, fue cuestionada tempranamente por Mitre, quien, en privado, escribió una carta a su colega Barros Arana comentando en tono desaprobador los artículos escritos por Vicente Fidel en la revista que aquel dirigía⁹⁵. Dicha carta se hizo pública desatando un enérgico enfrentamiento historiográfico entre ambos. Historia *erudita* e historia *filosofante* se enfrentaban en una batalla épica por adueñarse del relato del pasado nacional. López recopiló sus argumentos, expandió y solidificó sus explicaciones, y los materializó en los diez tomos de su *Historia de la República Argentina (sus orígenes, su revolución y su desarrollo político hasta 1852)*.

El punto central que le refutó a Mitre fue la idea de que la nación había preexistido a la revolución y a la independencia, reflexión –como se vio- introducida por el autor de *Historia de Belgrano* recién en la tercera edición de la obra en 1876, en su capítulo ‘La Sociabilidad Argentina’. Con aquel nuevo capítulo Mitre introdujo lo que se llamaría la concepción genealogista de la Nación; escribió la historia de sus orígenes encontrando en los lazos sociales de la época virreinal el germen de la unidad, exclusividad, particularidad, y por ende, identidad, del territorio argentino. En su lectura existía, por lo tanto, antes de 1810 e inherente a los potenciales ciudadanos y a la tierra que ellos pisaban, el republicanismo e igualitarismo ‘propio de la Argentina’. Este abordaje del pasado colonial era directamente funcional a la comprensión del presente, o al menos al establecimiento de una lectura sobre el mismo. Pero como afirma Nora Pagano, un pasado irresuelto hacía al historiador tropezar todo el tiempo con un presente que desafiaba la tranquilidad necesaria para la escritura y convulsionaba

⁹⁴ Ibid., p. 33

⁹⁵ Ibid.

aquellos alineamientos sobre el pasado, el presente y el futuro, a los que se buscaba tatuar en el imaginario colectivo de manera estable y duradera. A partir de ello, Natalio Botana interpretó al nuevo capítulo de Mitre como una aplicación de la idea del ‘punto de partida’ de Tocqueville -un comienzo que aportaba las bases sobre las que se comprenderían los procesos subsiguientes-, y del ‘determinismo’ de Mignet, comprendido como la imposición interpretativa de antemano de sucesos que todavía no habían ocurrido⁹⁶; en otras palabras, un escudo habilitado para encuadrar el porvenir en explicaciones acordes al ‘destino manifiesto’ de la *gloriosa* nación argentina.

En marcada contraposición con los pensadores de la Generación del ‘37, Mitre ubicó la singularidad de la nación argentina en el período colonial. Lejos de asociar a aquella etapa con los ‘atrasos hispánicos’, reivindicó su centralidad en la creación de la ‘republicana’ y ‘democrática’ Argentina. Instalado en el relato del proceso de colonización, en el siglo XVI, se refirió a los territorios en cuestión con nombres que no adquirirían hasta dentro de tres siglos: ‘La colonización *peruana* y *argentina*⁹⁷ de los primeros tiempos (...) Traslada al territorio *chileno* con el mismo objetivo, esa colonización...’⁹⁸. Nuevamente se imponían realidades mediante el lenguaje que las postulaba.

El carácter democrático de la nación argentina y su distinción de los territorios que fueron futuras naciones latinoamericanas, estaban anclados en el relato mitrista en la dinámica comercial que se había generado en el Río de la Plata con el contrabando y en el hecho de que la región no había hospedado el represivo sistema de la mita y entonces había favorecido el desarrollo de una ‘*igualdad primitiva que modificaba el sistema feudal de la colonia y neutralizaba el rozamiento de los intereses encontrados...*’⁹⁹. En aquella línea de razonamiento, Mitre explicó que la mezcla de las tres razas (europea, indígena y etiópica) posibilitó que ‘*cuando llegó el día de la insurrección de la colonia, los antiguos libertos y los esclavos, tomaron las armas como hijos y hermanos de sus antiguos amos domésticos, se hicieron ciudadanos de la nueva democracia, formaron el núcleo de sus batallones veteranos, y derramaron*

⁹⁶ Ibid., p. 39.

⁹⁷ La cursiva es mía.

⁹⁸ MITRE, Bartolomé (1877), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Jackson de Ediciones Selectas, Tomo 1, pp. 7 - 8.

⁹⁹ Ibid., p. 30.

*generosamente su sangre al lado de razas y derechos, proclamando por la revolución de la independencia argentina*¹⁰⁰. La descripción, además de ser un relato caricaturesco y heroico de la independencia, estableció que la ‘democracia nacional’ había tenido sus orígenes en la etapa colonial, es decir antes de la revolución de 1810 y de la independencia. La obra de Mitre expuso, a grandes rasgos, la coronación de Belgrano y de San Martín; la Revolución de Mayo y la Independencia como expresiones de una preexistente nación argentina; el protagonismo de la elite porteña en aquellos procesos; la omisión del rosismo; y como se mencionó, la exaltación del período colonial como causa de la singularidad del país.

Más aun, su manera de explicar la historia contribuía ‘a filiar la revolución explícitamente con fenómenos que habían impactado sobre todo a Buenos Aires, con lo que se proponía una explicación de la construcción de la autoconciencia criolla que relativizaba la dimensión americana y revalorizaba la excepcionalidad rioplatense’¹⁰¹, según Fernando Devoto. Por ejemplo, el énfasis puesto en las invasiones inglesas no era casual, habiendo sido aquel un episodio que solamente había movilizó a lo que sería Buenos Aires. En el mismo sentido podría leerse la supuesta centralidad de los lazos de sociabilidad surgidos en la dinámica comercial colonial en su relato explicativo de la democracia argentina, ya que el régimen de comercio libre ‘había sido una inquietud sobre todo de la ciudad puerto’¹⁰². Es así que la fisonomía de la nación entera aparecía determinada por características porteñas y no propiamente nacionales, en la obra de Mitre. El liderazgo natural que él le proyectaba a Buenos Aires no debía entonces ser entorpecido con las voluntades provinciales de primacía. Todas estas cuestiones eran ensayadas por el biógrafo de Belgrano en momentos en que Buenos Aires y el ‘interior’ saboreaban los resabios de los dos proyectos antagónicos de país que los había dividido una década entera (1852-1962). Y si bien después de Pavón ambos bloques se encontraban subsumidos a la autoridad presidencial de Mitre, no fue hasta 1880 que se logró a través del ‘Orden y Progreso’ combatir más eficazmente los efectos

¹⁰⁰ Ibid., p. 33.

¹⁰¹ DEVOTO, Fernando J. (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, p. 9.

¹⁰² Ibid.

desestabilizadores de los problemas irresueltos; como el de la integridad territorial, el de la consagración de un orden político y el de la identidad nacional¹⁰³.

A menudo la historiografía ha unido a Mitre y a V. F. López en la acción compartida de presuponerle una existencia a la nación desde 1810. Dos errores hay en esa asunción: primero, Mitre la interpretó como una formalización organizacional de una nacionalidad mucho más vieja que 1810; segundo, López consideró que la Argentina nació recién con la declaración de la Independencia el 9 de julio de 1816. Hay una sutil distinción que realiza Mitre -para no manchar la lealtad de sus héroes, por ejemplo la de Belgrano-, cuando explica que hasta 1815 no se gobernaba más que en nombre del monarca cautivo, pero roza la contradicción cuando articula la totalidad de la historia argentina con el hilo conductor de la supuesta existencia de una nacionalidad inminente e irrefrenable visible durante el Virreinato, que culminaría en la consagración del país como tal. Por definición existía entonces una tensión entre dos lealtades: aquella hacia el Rey de España, y la otra hacia el llamamiento natural de obedecer a la causa subversiva de la nacionalidad y la soberanía. ¿Cuánto era entonces atribuible a la genuina acción de los grandes hombres y cuánto al destino que ellos estaban llamados a satisfacer, en la obra de Mitre?

Vicente Fidel hizo frente a los mitos fundantes introducidos por Mitre, entablando por primera vez aquella diferenciación que –podría decirse- se convertiría en el debate que alcanzó a nuestros días entre historia de divulgación e historia académica. Mediante su estudio comparativo de Caracas y Buenos Aires entre 1808 y 1810 arguyó: *‘...la más clara e incontrovertible impresión de que no hubo, en el Nuevo Mundo, ningún plan revolucionario, ni ninguna revolución. Se trata de una leyenda histórica que los historiadores repiten por rutina o por pereza. Es preciso que los profesores, maestros, y lectores en general, aficionados de la historia, reaccionen contra esta mentira que domina en los ambientes oficiales y cultos, y hace perdurar, especialmente en los textos argentinos, la tradición de una revolución nunca existida y de unos planes de traición a la nacionalidad hispanoamericana que nunca nadie concibió*¹⁰⁴. Prosiguió: *‘(estos historiadores) defienden sus páginas cargadas de prejuicios e*

¹⁰³ BOTANA, Natalio (1985, 1974¹), *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamerica Ediciones Argentina

¹⁰⁴ LOPEZ, Vicente Fidel (1957, 1883¹), *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina, Tomo 7, p. 578.

*imaginaciones (...) Digan lo que quieran los autores que se sienten aludidos. La nueva historia está en marcha y todos los esfuerzos que se hagan para detenerla serán en vano*¹⁰⁵.

La apuesta a la objetividad y a la veracidad que aquellos anuncios parecían imprimir a la historia de López fue, sin embargo, explícitamente lisiada por el mismo autor cuando se refirió a la imparcialidad inevitable de todo historiador –que de hecho la superaba para tratarse más claramente de contenidos interesados–: *‘Si se entiende por imparcialidad el indiferentismo para con uno y otro lado de estos debates y de estas luchas, que son la materia fundamental de la historia política; si se exige la falta de pasiones propias en la contienda de los principios, la impasibilidad del criterio moral en el choque de los intereses, y las ambigüedades del juicio moral entre el crimen y la virtud, entre los grandes patriotas y los egoístas o los criminales que hayan conculcado, en aquellas luchas, las leyes del honor, del deber, de la libertad y del patriotismo, declaramos, desde luego, que no somos imparciales*¹⁰⁶.

De esta manera, cuando explicó cómo fue el nacimiento de la nación argentina no pudo faltar el componente moral y honorable de los hombres que, en ‘nombre de la libertad’, se alzaron contra el absolutismo del trono recuperado de Fernando VII: *‘...no querían romper el imperio, no eran traidores; eran amantes de la libertad*¹⁰⁷. La memorable y emocionante llegada de la patria se narró con los próceres en medio de ella: *‘Imposible era seguir unidos a una Península donde imperaba el absolutismo. San Martín y Belgrano, los santos de la Patria, así lo comprendieron y así lo aconsejaron a los hombres de Tucumán. El Congreso no vaciló y el 9 de julio de 1816 se levantó a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación. Fue el triunfo de los ideales más nobles y sublimes del Hombre y de Dios. Oíd mortales, el grito sagrado: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!*¹⁰⁸.

Antes de adquirir formato libresco, las distintas versiones de la historia nacional se fueron publicando en forma de artículos en la prensa periódica¹⁰⁹. Es en ella

¹⁰⁵ Ibid, 579

¹⁰⁶ Ibid, Tomo 1, p. 30.

¹⁰⁷ Ibid, Tomo 7, p. 669.

¹⁰⁸ Ibid, p. 659

• ¹⁰⁹ Por ejemplo, respecto al debate Mitre-López: ‘Los juicios críticos contenidos en la *Introducción* referidos a la *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, motivaron la réplica del biógrafo belgraniano quien, aludido, comenzó a responderlos desde las páginas de la

donde nació la historiografía argentina hacia mediados del siglo XIX, y fue ella la que permitió que los debates entre intelectuales se convirtiera en una cuestión de interés público. Fue también central al diseño de construcciones político-culturales del país dada la ausencia de una estructura institucional que reuniera en materialidades y contenidos las evidencias de un pasado común –aquí puede inscribirse el fracasado intento de Mitre por instaurar el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata hacia 1854¹¹⁰-. Los periódicos dieron a las discusiones, debatidas comúnmente en clima tertuliar, una publicidad nueva. A la par del surgimiento y crecimiento historiográfico se fue gestando ‘una apreciable expansión de las librerías e imprentas, fenómeno que ejerció sus efectos en la dinámica intelectual, en la cultura escrita, y favoreció la circulación de textos y documentos’¹¹¹. Las imprentas se convirtieron en ámbitos de sociabilidad y espacios de reunión de grandes figuras intelectuales y *protohistoriadores*; tertulias en definitiva, con una renovada vocación por pulir sus ideas y argumentos antes de volcarlos al papel circulatorio. Como explica Nora Pagano, la incipiente esfera pública, nutrida a partir de la prensa gráfica y periódica, se convirtió rápidamente en una arena donde se formaron reputaciones y símbolos: cuando Ernesto Quesada reflexionó sobre el ‘*temible poder del diarismo*’ se refirió a la peligrosidad que inspiraba la vinculación de muchos ‘hombres ligados a la propiedad (...) a la gestión de la empresa periodística’, convirtiéndolos en lo que Alberdi había definido como los ‘*caudillos de la prensa*’¹¹².

recientemente aparecida *Nueva Revista de Buenos Aires*, dirigida por Ernesto Quesada bajo el título *Comprobaciones*; ellas fueron reeditadas por el mismo Mitre en *La Nación*. La respuesta de López, *Debate Histórico. Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano*, pudo conocerse a través de las columnas de *El Nacional* a partir de octubre de 1881. El ciclo se cerraba con las Nuevas Comprobaciones de B. Mitre’. (en DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 44)

¹¹⁰ Ibid., pp. 19-20

¹¹¹ Ibid, p. 34

¹¹² Ibid, p. 19.

PARTE 3

En aquella temprana etapa de la historiografía se percibió ya, la pedagogía visual de las imágenes. Ilustraciones de los hitos de la historia nacional y algunos autoretratos de sus protagonistas tendieron a aparecer junto a los textos de los historiadores, en los cuales la nación fue, más que un objeto de estudio, uno de *culto*. Mostraba aquello una confianza en *lo local* para montar una serie de referentes morales en el país. Respondió al vacío iconográfico que trajo consigo el repliegue de la estructura imperial española en el Río de la Plata; pero también estuvo asociado a la voluntad de la elite dirigente por zarpar de las memorias el recuerdo colorado de la simbología rosista. Bajo aquella necesidad de un nuevo abastecimiento de imágenes para la nación, se encontraba la influencia de las fuerzas desatadas hacia 1789 con la Revolución Francesa. Aquella mostró al hombre su capacidad de torcer el curso de la historia. El *Dios ha muerto* de Nietzsche, como la conversación entre Aliocha e Iván Karamazov en la obra de Feodor Dostoyevski, representaron un cambio de época en la mentalidad del hombre. Al dejar de encontrar en la Divinidad un parámetro referencial, el ser humano se vio ahogado en dudas existenciales, hallándose protagónico de los acontecimientos del mundo.

Es así que los nacionalismos decimonónicos alzaron prontamente sus hombres ilustres para mostrarse hacia adentro y hacia fuera a ritmo con la modernidad. El pasado habilitaba de aquella manera, una imagen determinada del presente. El uso simultáneo de las dos temporalidades en una misma operación estratégica demostró que durante el siglo XIX coexistieron ‘en el mismo universo de representaciones nacionalistas, la matriz historicista y la voluntad progresista de construcción de un Estado’¹¹³. El *historicismo* fue un término acuñado por Karl Popper hacia 1957, mediante el cual despreció aquellas lecturas del pasado que falseaban su estudio al imponerle de antemano un sentido a las cosas en base a leyes inexorables que supuestamente dictaban el curso de la historia.

¹¹³ GORELIK, Adrián (1997), ‘La belleza de la patria. Monumentos, nacionalismo y espacio público en Buenos Aires’ (en *Revista de cultura de la arquitectura, la ciudad y el territorio*, BLOCK, n-1)

Tanto Vicente Fidel López como Bartolomé Mitre articularon sus textos de aquella manera. Los dos concibieron la historia argentina como el inevitable cumplimiento de un destino; Mitre fue quien más lo resaltó. Al mismo tiempo en que pregonoó el *destino manifiesto* de la nación, el biógrafo de Belgrano hizo hincapié en la indispensabilidad del accionar de ciertas personalidades para cumplir aquel destino. Su manera de interpretar la historia discurría, así, por inconsistencias técnicas: ¿Cuán central a la Independencia había sido Belgrano, si aquella estaba destinada a ocurrir de todas maneras? ¿Cuánto podía ser atribuido a su accionar si aquel no había sido más que un títere de una serie de acontecimientos predestinados por una orden superior? No sorprendió, entonces, su referencia a la generación revolucionaria ilustrada de Mayo como *'los elegidos'*¹¹⁴.

Mitre podría entonces ser leído como un producto de época, un umbral entre dos modos de entender el lugar del hombre en el mundo. O bien podría considerársele como un hábil estratega por haber comprendido que *historizando* –una técnica existente, aunque todavía no conceptualizada en aquel entonces-, sus objetivos llegarían a puerto, ya que una historia que permitía ‘predecir’ el futuro servía para justificar la política contemporánea. Aquella historia se basaba en una serie de *celebridades* que compartían características con el discurso de la elite intelectual. En la introducción de la *Galería*, explicó que había ciertos hombres que no serían incorporados a la colección. La técnica de mencionar –en lugar de ignorar- la ausencia de las figuras de la *barbarie*, las hacía presentes mediante su exclusión. Así lograba que los lectores no olvidaran todavía las personalidades de Rosas o Facundo para reencarnarlas políticamente en Urquiza¹¹⁵.

Iconografía de Belgrano

La *Galería de Celebridades Argentinas* acompañó sus biografías con un retrato de cada personalidad presentada. Fue al francés Narcise Edmond Joseph Desmadryl a quien se le encargó la tarea de ilustrar a los próceres. El artista ya había servido a los mismos propósitos en la *Colección de Biografías de Hombres Célebres de*

¹¹⁴ MITRE, Bartolomé (1946, 1877¹), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Edición del diario La Nación, Tomo 1, p.239.

¹¹⁵ AMIGO, Roberto (1997), *Imágenes de la historia y discurso político en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)*, Buenos Aires, FIAAR, p. 18.

Chile, de 1854. En la serie argentina, San Martín fue biografiado por Sarmiento; Bernardino Rivadavia por José M. Gutiérrez; el deán Gregorio Funes por M. Lozano; Guillermo Brown por J. T. Guido; Manuel J. García por M. R. García; Mariano Moreno por Manuel Moreno; Florencio Varela por Luis Domínguez y Juan Lavalle por P. Lacasa¹¹⁶. La biografía de Belgrano apareció en la tercera entrega de la publicación, acompañada con su correspondiente retrato litográfico:



Manuel Belgrano por Narciso Desmadryl, *Galería de Celebridades Argentinas*, 1857.

Roberto Amigo reparó en la elección del francés de retratar con vestimenta civil a próceres tradicionalmente recordados como militares; el único que sí apareció con el uniforme fue Lavalle, cerrando junto a Florencio Varela la serie de la *Galería*. Aquellas dos personalidades que ponían fin a la compilación habrían sido elegidas como elementos de cierre en tanto una encarnaba la libertad de prensa y la otra, la lucha

¹¹⁶ Ibid., p. 16.

contra la tiranía rosista¹¹⁷; dos cualidades auto-adjudicadas por la dirigencia política contemporánea de Buenos Aires.

La elección de una iconografía civil para representar a San Martín y a Belgrano buscó resaltar la faceta ciudadana de los dos, en momentos en que desde la política se quiso pregonar el *orden* sobre la guerra. En particular, la litografía belgraniana se desprendió del óleo que François Casimir Carbonnier había hecho de Belgrano durante su estadía en Londres cuando en 1815 visitó Europa, junto a Rivadavia, en una misión diplomática destinada a confirmar un futuro soberano para el Río de la Plata. En él se apreciaba el mismo perfil, las mismas ropas, la misma representación sedente:



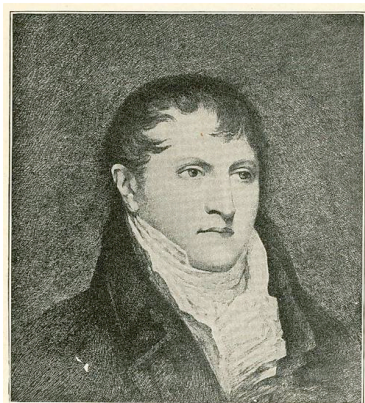
Manuel Belgrano por Carbonnier, Londres, 1815.

¹¹⁷ Ibid, p. 21.

Desmadryl compartía con Carbonnier el gusto por el Neoclasicismo. Aquel movimiento artístico, constituido en el arte oficial de la Revolución de Francia, se caracterizó por retomar la pintura clásica de las antiguas Grecia y Roma. Las figuras eran representadas con fisonomías escultóricas, y adquirirían por ello un carácter realista. A su vez, las líneas claras y austeras componían una representación estática que, combinada con la iluminación focal y el tono de los colores, resultaba en una imagen limpia, clara, y estéticamente equilibrada¹¹⁸. El elenco de la elite ilustrada que compuso las biografías de la *Galería*, se postuló como la dirigencia heredera¹¹⁹ de los revolucionarios de Mayo; y, al mando de semejante responsabilidad, adoptó el estilo artístico de los revolucionarios franceses –modelo republicano por excelencia-. Mitre lo había hecho explícito en la ‘Introducción’:

La historia argentina ha sido fecunda en hombres notables. Si existiese entre nosotros un Plutarco, encontraría en ella todos los elementos necesarios para escribir un libro de Varones ilustres, vaciados en el molde de los héroes y los sabios de la antigüedad¹²⁰.

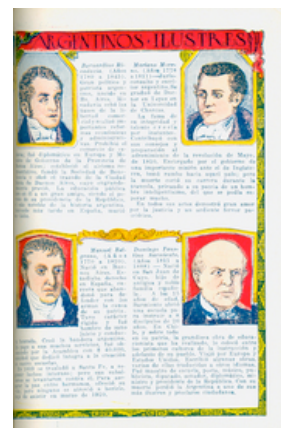
La pintura de Carbonnier, reproducida por Desmadryl en el compilado, fue la representación de Belgrano que eventualmente devino en el estereotipo pictórico de su imagen, sobre todo a través de su difusión en los manuales escolares de fines del XIX y principios del XX:



El tesoro de la juventud, 1910¹²¹.



Manuel Belgrano, 1900¹²².



Argentinos ilustres, 1925¹²³.

¹¹⁸ ROPER, Lars (2008), ‘Jacques Louis David’, en Thomas Koster, *50 artistas que hay que conocer*, Barcelona, pp. 78-79.

¹¹⁹ En 1857 Desmadryl también dibujó los retratos de aquel grupo, incluyendo a José Mármol, Alvear, Sarmiento y Alsina. (AMIGO, Roberto (1997), *Imágenes de la historia y discurso político en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)*, Buenos Aires, FIAAR, p. 22)

¹²⁰ MITRE, Bartolomé (1857), ‘Introducción’, *Galería de Celebridades Argentinas*, Buenos Aires, Ledoux y Vignal, Buenos Aires, p. 1.

A su vez, fue la misma iconografía que se reprodujo en los billetes circulantes:



Billete de 200 pesos, 1869¹²⁴.



Billete de 500 pesos, 1881¹²⁵.



Emisiones filatélicas del Correo Argentino dedicadas a la figura de Belgrano. Décadas de 1860 y 1870.

La adopción local de un estilo de representación europeo, fue la actitud lógica del proyecto elitista de la *Galería*, cuyos autores se posicionaban a la par de los hombres ilustres del mundo *civilizado*, calificativo asociado con las gentes del Viejo Continente por muchos. La elegancia y la ilusión de nobleza que aquel tipo de retratos emanaban, implicó naturalmente el descarte de otros tipos de representaciones; como la de la imagen sanmartiniana de José Gil de Castro, concebida hacia 1818:

¹²¹ Biblioteca Nacional del Maestro, Banco de Imágenes, ID imagen: 00042087_0994-00, El tesoro de la juventud, ó, Enciclopedia de conocimientos. Tomo III. Londres : W.M. Jackson, [ca. 1910], p.994

¹²² Biblioteca Nacional del Maestro, Banco de Imágenes, ID imagen: 00056430_0048-02, en *Primeras hojas : ortografía y redacción*. Buenos Aires : Estrada, [ca. 1900], p. 48.

¹²³ Biblioteca Nacional del Maestro, Banco de Imágenes, ID imagen: 00036486_0437-00, en *Argentinos ilustres*, Colibrí : páginas para los niños. Buenos Aires : Fábrica de Cafés, Chocolate Aguila, 1925, Año 5, n. 5 (mar. 1925). p. 9

¹²⁴ ZAGO, Manrique Director editorial (1995), *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones, p. 26.

¹²⁵ *Ibid*, p. 161.



San Martín por José Gil de Castro, 1818.

Se trató ‘de una imagen ajena a las que los manuales escolares fijaron en nuestra memoria: un hombre de rostro angosto, nariz aguileña, en un gesto más tímido que heroico’¹²⁶.

La *europeización* de la figura del prócer, fue a su vez reproducida por el director del Museo Histórico Nacional, historiador y publicista Adolfo P. Carranza que, entre otras, creó *La Revista Nacional* hacia 1893, una empresa que contribuyó en sus páginas a crear un panteón argentino. Así representaba a la generación revolucionaria de 1810:



Excelentísima Junta Provisional Gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

¹²⁶ PLANTE, Isabel y VIDAL MACKINSON, Sebastián (2011), *Panteón de los héroes, historias, próceres y otros en el arte contemporáneo*, Buenos Aires, Fundación OSDE, p.29.

El Cabildo aparecía acompañando a aquellos hombres como el símbolo que los identificaba en un grupo. Respecto al emblema con el que Belgrano fue identificado por la posteridad, se ve que en la primera mitad del siglo XIX, la figura no fue retratada con la bandera, a diferencia de lo ocurrido en la segunda mitad y sobre todo durante el nuevo siglo XX. En cambio, la representación ha sido, en general, la imagen sedente o a caballo:



Grabado de Manuel Belgrano, por el francés Géricault, 1819.

En 1862 ya se encuentra una acuarela que ilustró al prócer a caballo sosteniendo la bandera. Reproducía el episodio del 13 de febrero de 1813 cuando el ejército de Belgrano juró obediencia a la Asamblea del año XIII. Sus soldados alineados miran al frente donde se encuentra él sosteniendo la bandera –que, a partir de 1816, sería la del país independizado-. La insignia fue aprobada por el gobierno de 1813 en tanto representativa del Ejército del Norte y no del Río de la Plata, manteniendo el argumento que en 1812 había castigado su creación. El paisaje corresponde a los bordes del río Pasaje, hoy conocido como el río Juramento¹²⁷:

¹²⁷ ZAGO, Manrique Director editorial (1995), *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones, p. 129.



Juramento de obediencia a la Asamblea del año XIII, Prilidiano Pueyrredón, 1862.

En el transcurso del siglo XX incrementaría la cantidad de pinturas en las que Belgrano aparecería sosteniendo la Bandera nacional. Las obras que el Complejo Museográfico Enrique Udaondo de Luján expone son características:



27 de febrero de 1812, a las orillas del Paraná, Belgrano presenta a sus tropas la insignia patria. Primer izamiento de la Bandera.



Óleo de Rafael D. Del Villar. Belgrano llevando la bandera desde Rosario hasta el Alto Perú.

Belgrano y la Bandera



El 24 de septiembre de 1873 se inauguró la estatua ecuestre del General Manuel Belgrano en la Plaza 25 de Mayo, hoy conocida como Plaza de Mayo. La escultura fue financiada con donaciones públicas, lo que le otorgó un carácter pueblerino y popular a este emprendimiento que había nacido, no obstante, de una iniciativa oficial. Bartolomé Mitre, naturalmente, encabezó la comisión a cargo del proyecto. La elección de la fecha de la inauguración se debió al cumplimiento de los sesenta y un años de la Batalla de Tucumán, episodio que, junto con la de Salta en febrero de 1813, consagró a Belgrano como el ‘salvador de la patria’. El Presidente de la Nación de entonces, Domingo Faustino Sarmiento, aprovechó la ocasión para pronunciar unas palabras. A través de ellas no dudó en mostrar su posicionamiento respecto a ciertas cuestiones que parecían amenazar la integridad territorial y el orden nacional del país. La figura de Manuel Belgrano habilitaba así un discurso sobre las

preocupaciones generales de la dirigencia estatal y sobre los *males* que debían ser *asfixiados*.

Llenamos uno de los más nobles deberes de la vida social, rindiendo homenaje a la memoria de los altos hechos que immortalizan el nombre de uno de nuestros antepasados... repetimos lo que la Grecia y Roma hacían para perpetuar la memoria de sus héroes, de sus padres y de sus grandes ciudadanos.

...la especie humana se perpetúa hace mil siglos, dejando tras sí, entre el humo de las generaciones que se disipan en el espacio, una corriente de chispas que brillan un momento y puede, según su intensidad y duración, convertirse en luminas...

Belgrano...participa para nosotros...de esas cualidades que hacen al hombre vivir más allá de su época. Hace cincuenta años que desapareció de la escena, y no ha muerto sin embargo.

No fue Belgrano el único immortalizado en aquella estatua; la Bandera argentina fue eternizada junto a él en la dureza incorruptible del bronce. Firmemente sostenida, cae sobre el brazo de su autor haciéndose indivisibles. Con este monumento se materializaba la indisociabilidad entre Belgrano y la enseña patria, ensayada ya en la historiografía y en las propias memorias belgranianas.

¡Que la bandera que sostiene su brazo flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves, y a la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa!

...En el caso presente, el artista ha conmemorado un hecho casi único en la historia, y es la invención de la Bandera con que una nueva Nación surgió de la nada colonial...

Vio en la Bandera el garante primero de la soberanía política, tanto del territorio propio como del territorio de los países vecinos, cuya emancipación se consiguió *codo a codo* en toda Latinoamérica. Al igual que Mitre, explicó que la Argentina estuvo *destinada* a existir y que por ende, tenía un gran futuro por delante. En él vendrían a cumplir un rol fundamental los inmigrantes, portadores de conocimiento y pobladores de las llanuras que se extendían a lo largo y ancho del país:

La República Argentina ha sido trazada por la regla y el compás del Creador del Universo. Ese anchuroso Río que nos da nombre, es el alma y el cerebro de todas las regiones que sus aguas bañan. Puerta de esta América que abre hacia el ancho mar que toca el umbral de todas las naciones, por ahí subirán ríos arriba con la alta marea del desarrollo, las oleadas de hombres, de ideas, de civilización que acabarán por transformar el desierto en Nación, en pueblo.

Tuvo un reconocimiento particular hacia España y, dirigiéndose también a los ciudadanos de otras naciones, promovió una entusiasta bienvenida a sus habitantes para formar nueva vida en este país. Sarmiento siempre concibió la nacionalidad argentina en términos de un *crisol de razas*, de una mezcla de varias nacionalidades que culminaría en la conformación de un ‘nuevo tipo americano’. En momentos donde la inmigración presentaba problemáticas de adaptación e integración -inspirando debates que buscaban resaltar el atropello a la formación de una nacionalidad sólida por culpa del extranjero-, y desde el respeto que infundía su condición de Presidente de la Nación, Sarmiento oficializó una vez más la acogedora actitud hacia el inmigrante:

Y a todas las nacionalidades de la tierra, cuyos hijos tocan estas playas en busca de un lugar par hacerse un domicilio y una patria, ofrézcales en nombre del pueblo que esta Bandera representa, la protección que ella da gratuitamente, recordándoles solo, que el hombre es familia, tribu, nación con deberes para con los demás...

No demostró la misma tolerancia hacia adentro. La inauguración de la estatua de Belgrano le permitió explotar la faceta simbólica de los colores que éste encarnaba; el celeste y blanco, más cercanos a la bandera unitaria, eran contrapuestos con el rojo de los federales, en momentos donde la aliada provincia de Entre Ríos estaba siendo invadida por las tropas del caudillo Ricardo López Jordán. A partir de ello, la elección de inmortalizar a Belgrano en su faceta militar tuvo poco de inocente y mucho de estratégica. El papel protagónico en el que se encontraba el Ejército, tanto en tierra internacional –en la Guerra del Paraguay-, como dentro del país –en las luchas intestinas reavivadas por los resabios caudillistas-, debía ser percibido por el pueblo como una continuidad heroica de las luchas por la Independencia argentina, a fin de ser legitimado. En aquel sentido, se sintonizaba a las dos épocas, generando la sensación de

que se estaba luchando por la misma causa por la que Belgrano y sus pares habían dado sus vidas. Esta operación demonizaba al enemigo a través del enaltecimiento de sus opuestos:

Esta Bandera cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas expresa. Las Naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carnívoras, leones, grifos, y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados, pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización...

Y si la bandera indígena, o las pasiones perversas intentaron alguna vez desviarnos de aquel blanco que los colores y el escudo de nuestra Bandera señalaban a todas las generaciones que vinieran en pos, reconociéndose argentinas a su sombra, los bárbaros, los tiranos y los traidores inventaron pabellones nuevos, oscureciendo lo celeste para que las sombras infernales reinasen y enrojeciendo sus cuarteles para que la violencia y la sangre fuesen la ley de la tierra... La traición a la Patria está detrás de ese sangriento trapo... Sean los valientes y fieles entrerrianos que están combatiendo, que con ello ponen el capitel al edificio de nuestra nacionalidad, y cierran para siempre el abismo de las segregaciones del territorio que recibimos en herencia de los fundadores de la Bandera Nacional.

Una gran multitud llenó la Plaza aquel 24 de septiembre y escuchó al Presidente pronunciar sus facciosas palabras. Pero Sarmiento no fue el único que habló; Bartolomé Mitre también fue invitado a dirigirse a los ciudadanos. Este habló exclusivamente sobre Belgrano, sintetizando las descripciones que su obra maestra había expuesto en 1858 y que en 1876 y 1887 encontraría sus últimas ediciones revisadas y perfeccionadas. ‘Yo, tu humilde historiador...’ se dirigió a su biografiado como si aquel estuviera vivo. Lo resumió en una metáfora peculiar:

*...héroe modesto de las democracias, que no deslumbra como un meteoro pero que brilla como un astro...*¹²⁸

Al decir que Belgrano no deslumbraba como un meteoro, estaba, por extensión, sosteniendo que había otros que sí. Belgrano fue para Mitre uno de los *grandes hombres* de la historia argentina, pero hubo todavía, hombres más ilustres que él. Simón Bolívar y José de San Martín tenían aquella ‘*superioridad del genio*’ que

¹²⁸ Ibid., p. 194.

Belgrano no. Fue en cambio héroe por cualidades blandas; la moralidad, ‘*el equilibrio del alma*’, y su humildad, no tuvieron por cierto la firmeza, la astucia y la fuerza propia a los héroes militares de talla continental. Belgrano fue el primer objeto historiado por Mitre, bautizando con su nombre el nacimiento historiográfico argentino; pero en 1887 publicó una historia sobre la emancipación americana a través de San Martín y fue en aquel personaje que no reparó en distinciones honorables más y menos valientes: el prócer de sangre argentina significó para Mitre un trofeo aplaudido a escala internacional, perteneciente a un nivel de heroísmo sin precedentes.

De todas maneras, la figura de Belgrano fue notablemente funcional al proyecto de construcción de la nacionalidad. Sobre todo por la evocación automática de la Bandera que su nombre provocaba, y por la carga simbólica que aquella adquiría en momentos donde desde afuera llegaba un *babel de banderas*, y desde adentro, seguían prendidas las llamas de un federalismo renuente a someterse a la autoridad nacional. El dúo Belgrano-Bandera se asentó en el sentido común del relato histórico nacional, perdiéndose la epistemología de su asociación en la nubosidad de lo ‘obvio’. Para rastrear el surgimiento de la pareja es imprescindible volver a la obra fundacional de la historiografía argentina escrita por Mitre, e incluso más atrás.

El celeste y blanco en la historiografía liberal

Mitre explicó la Revolución de Mayo como un ‘producto espontáneo’, una ‘consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas’¹²⁹. Los llamados a cumplir el destino impreso en estas tierras fueron miembros de ‘*una minoría activa, inteligente y previsor*’: Manuel Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Agustín Donado, Passo, Manuel Alberti, Vieytes, Terrada, Darregueira, Chiclana, Irigoyen y Castelli; ‘*éstos eran los que tenían en sus manos los hilos de la revolución*’¹³⁰. Explicó el surgimiento de los colores de la bandera como un espontáneo y ocasional acto de Beruti que, siguiendo la propuesta de French de repartir a los patriotas un distintivo representativo el día 25 de

¹²⁹ MITRE, Bartolomé (1946, 1877¹), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Edición del diario La Nación, Tomo 1, p. 238.

¹³⁰ *Ibid.* p, 239

Mayo de 1810, entró a una tienda y se llevó varias cintas celestes y blancas, colores con que los uniformes de los patricios se caracterizaban desde las invasiones inglesas¹³¹:

‘Beruti fue el primero que enarboló en su sombrero los colores patrios que muy luego iban a recorrer triunfantes toda la América del Sur. Instantáneamente se vio toda la reunión popular con cintas celestes y blancas pendientes del pecho o del sombrero. Tal fue el origen de los colores de la bandera argentina, cuya memoria se ha salvado por la tradición oral. Más tarde veremos a Belgrano ser el primero que enarbole esa bandera y el primero que la afirme con una victoria’¹³², escribió.

Vicente F. López, al momento de dar batalla al texto mitrista, se detuvo en esta descripción y aseguró:

‘No hay pruebas de que el 25 de Mayo de 1810 se hayan distribuido cintas celestes y blancas como refieren las historias para niños... algunos hombres que recordaron los orígenes de los colores de nuestra bandera... se confundieron y creyeron que las cintas celestes se habían distribuido el 25 de Mayo. Por otra parte era más bello crear la leyenda de que nuestros colores habían nacido con nuestro primer gobierno...’¹³³.

Si había sido Beruti –según Mitre- el primero en utilizar aquellos colores con un fin político –el de otorgarle a la prematura ‘nación’ una insignia identitaria en el día de la declaración de su autonomía respecto a España-, entonces carecía de sentido la otra lectura novelesca del nacimiento de los colores de la bandera -que sostenía que Belgrano se había inspirado en el cielo para crearla en 1812-; puesto que aquellos colores existían como emblema rioplatense al menos desde las invasiones inglesas, cuando las milicias adoptaron el celeste y blanco de la faja real de los Borbones, en defensa de las colonias americanas de España. Belgrano entonces tan sólo los habría tomado para trasladarlos a una bandera, objeto de representación de la unidad de un grupo de gentes que la vexilología data desde la Roma Antigua. Lo que hizo Belgrano fue unir los dos elementos; aquella unión fue -y es- lo que la posteridad usó para bautizarlo como *creador* de la Bandera. Sobre su inspiración se esbozaron varias

¹³¹ Ibid. P. 268

¹³² Ibid.

¹³³ LOPEZ, Vicente Fidel (1957, 1883¹), *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina, Tomo 7, p. 651.

hipótesis: el manto de la Virgen María; el distintivo miliciano; la cruz y la banda real de los Reyes Católicos; las divisas de la Sociedad Patriótica y de los morenistas; el sol – incorporado a la bandera en 1818- tomado de la mitología incaica; los colores del cielo, etc. En cualquiera de los casos, el celeste y blanco ya se usaban, antes de Belgrano, para iconizar una identidad, si no nacional, al menos rioplatense.

El episodio del enarbolamiento de la bandera el 27 de febrero de 1812 solamente se consideró *glorioso* desde el ‘análisis’ post-facto. Cuenta Mitre que, encontrándose en Rosario por la urgencia de su necesidad como hombre de guerra, Belgrano fue avisado que salían desde Montevideo hacia su paradero varios buques realistas de 500 hombres con el objeto de tomar posesión de La Bajada del Paraná. A partir de ello ‘*se exaltó, y buscando en su alma nuevas inspiraciones para transmitir su entusiasmo a las tropas que mandaba, concibió la idea de dar a la revolución un símbolo visible, que concentrase en sí las vagas aspiraciones de la multitud y los propósitos de los hombres de principios... empezó por proponer la adopción de una escarapela nacional (Febrero 13 de 1812)*’¹³⁴, que sería aprobada por el gobierno cinco días más tarde.

‘*En posesión de la escarapela, asumió sobre sí la seria responsabilidad de enarbolar una nueva bandera, en momentos en que flameaba el pabellón español en la Fortaleza de Buenos Aires*’¹³⁵, continuó Mitre. Luego citó la carta que Belgrano escribió al gobierno informándole sobre el izamiento de la bandera celeste y blanca, y no ya española, que él había ordenado: ‘*Siendo preciso enarbolar la bandera, y no teniéndola, mándela hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional. Espero que sea de la aprobación de V. E.*’¹³⁶. Su biógrafo describió cómo fue aquel momento del 27 de febrero de 1812 en el que Belgrano formó y dio nombre a las baterías ‘Libertad’ e ‘Independencia’ y levantó por primera vez aquella bandera que sería la de Argentina: ‘*...a sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie se reflejaban las nubes blancas en fondo azul de un cielo de verano, y el sol que se inclinaba al ocaso iluminaba con sus rayos oblicuos aquel paisaje lleno de grandiosa majestad. En aquel momento, Belgrano que recorría la línea a caballo, mandó formar*

¹³⁴ MITRE, Bartolomé (1946, 1877¹), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Edición del diario La Nación, Tomo 2 p 36.

¹³⁵ Ibid.

¹³⁶ Ibid., p. 37.

cuadro, y levantando la espada dirigió a sus tropas estas palabras: ¡Soldados de la patria!: En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional: en aquel (señalando la batería Independencia) nuestras armas aumentarán sus glorias. Juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el tempo de la Independencia y de la Libertad. En fe de que asó lo juráis, decid conmigo “¡Viva la Patria!” . Los soldados contestaron con un prolongado “¡Viva!”...’¹³⁷.

Aquel acontecimiento, sobre todo por su carga simbólica, no fue bien recibido por el gobierno, que obligó a Belgrano a retroceder sobre sus acciones. Al recibir la desaprobación, Belgrano respondió con unas cartas pidiendo disculpas explicando la *ingenuidad* y la *inocencia* de su acto, y prometiendo olvidar lo sucedido aquel 27 de febrero como si nunca hubiera pasado. Es sabido que las decisiones impopulares que tomó Belgrano fueron las que la posteridad eligió para consagrarlo en prócer. Se lo ha considerado un *adelantado* a su época por haber triunfado en Tucumán, por haber izado la bandera nacional antes de tiempo, por haber percibido la relevancia de la educación en tiempos de guerra, y por haber usado la razón y no la pasión cuando propuso la monarquía constitucional a la vuelta de su viaje diplomático por Europa. Lo cierto es que podría argüirse que fue un *adelantado* al percibir el efecto didáctico y conciliador que los *héroes independentistas* tendrían en una sociedad a la que él siempre consideró abúlica, desmotivada y dividida. Fue él –antes que ningún otro- el que creyó que su vida merecía ser de conocimiento público. Él mismo hizo de su figura un *hombre representativo* al escribir su *Autobiografía* y sus *Memorias* para que fueran leídas, juzgando que servirían a la causa nacional como un modelo para las generaciones futuras. Su propia pluma fue la primera en escribir su parentesco con la Bandera.

Todas las características que la historia y la historiografía concedieron a la personalidad de Belgrano, como su faz de educador, de abogado, de ilustrado, de diplomático, de político, de economista, etc., fueron teñidas por la primacía de la asociación de su figura con el nacimiento de la Bandera Nacional. Esta coalición ideográfica respondió a la voluntad de recordarlo por su faceta militar, pues fue desde ella que Belgrano la alzó. Con la misma lógica se montaron los festejos de las fiestas patrias y la construcción de la nacionalidad en la década de 1890: la tendencia a

¹³⁷ Ibid. (Esta escena es recreada hoy en día durante las fechas patrias en el monumento a la Bandera en Rosario.)

recuperar episodios y personajes desde la historia *militar* del país alzaba la siguiente pregunta, ¿La nacionalidad implicaba de por sí lo bélico?

La creación de batallones infantiles en 1887 emprendió la militarización de los niños a modo de construir un lazo entre la nueva generación y los momentos fundacionales de la nación. Como explicó Bertoni, ‘los niños soldados se convirtieron en el puente emotivo entre un pasado heroico, en el que había nacido la patria y que el Ejército pretendía encarnar, y el promisorio futuro en el que esos niños vivirían, ya definidos ante la mirada de sus padres como los defensores de la patria del mañana. Los niños asumían una adhesión incondicional: tal el significado que, en una época de fuerte militarización competitiva entre las naciones, adquirirían los deberes militares’¹³⁸. Desde los primeros planes de la organización pedagógica, la educación pública estuvo muy ligada a la práctica y a los ejercicios militares¹³⁹:



Batallón escolar, Buenos Aires, 1886. (*Arquitectura, educación y patrimonio. Argentina 1600-1975*, Claudia Shmidt y Fabio Grementieri.)

¹³⁸ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 91.

¹³⁹ GREMENTIERI, Fabio y SHMIDT, Claudia (2010), *Arquitectura, educación y patrimonio. Argentina 1600-1975*, Buenos Aires, Pamplatina, p. 27.

Fue en los festejos del 9 de julio de 1889 que se reavivó el espíritu patrio, dándole empuje a la construcción de las costumbres y tradiciones nacionales. En ese año también recobró popularidad y entusiasmo la idea de construir el panteón nacional, que se proyectaba como una manera de representar una ‘memoria armónica de la nación (para que fuera) interpretada como una afirmación simbólica de la unidad interior’¹⁴⁰; una unidad que, por cierto, no existía. El presidente Juárez Celman se encontraba en una crítica situación política y enfrentaba una creciente oposición que comenzaba a perfilar nítidamente sus líderes, Bernardo de Irigoyen y Mitre. La condición preocupante de la economía, junto al amiguismo de la política presidencial, generaba un amplio descontento que deslegitimaba la dirigencia estatal. Ese contexto albergó la Revolución Radical de 1890 y preparó el caldo del cultivo de la ‘cuestión social’ que emergería poco después. Por eso, la idea de crear un panteón se fortaleció con la percepción de aquellas fuerzas desmembradoras, y buscó generar, mediante la postulación de héroes compartidos, la unidad social que se ansiaba: ‘La memoria de un pasado glorioso que las honras al prócer han revivido parecieron ser la respuesta al complejo problema que planteaba el presente: el de una identidad nacional que estaba perdiendo sus rasgos’¹⁴¹. Signos como el Himno Nacional y la Bandera Argentina serían atribuidos con un rol fundamental en el emprendimiento que se propuso evitar y contener aquel problema.

¹⁴⁰ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 266.

¹⁴¹ *Ibid*, 101.

PARTE 4

La aceleración de la nacionalidad

El cese de las hostilidades de la endémica guerra civil llegó en 1880. Buenos Aires fue intervenida militarmente, derrotando a Carlos Tejedor en junio; se terminaban así los *treinta años de discordias*¹⁴² y empezaba una nueva etapa de la historia argentina. En octubre de aquel año asumió la Presidencia de la Nación Julio Argentino Roca, constituyéndose en el emblema del gobernante Partido Autonomista Nacional. Una vez desempatadas las orgullosas relaciones entre el interior y Buenos Aires, no sólo se formalizó pero se concretó y constituyó la unidad política del territorio argentino. El respaldo del partido gobernante en una serie de alianzas y contactos provinciales permitió una gobernabilidad más armoniosa y efectiva de la nación entera, en gran medida atribuible también al manejo oficial de las instancias electorales¹⁴³.

Buenos Aires fue federalizada y transformada en Capital del país; se suprimieron las milicias provinciales; áreas tradicionalmente administradas por la Iglesia, como el registro de la población y la educación, pasaron a estar bajo tutela estatal con la introducción de las leyes laicas; y se estableció la creación de una moneda nacional¹⁴⁴. Comenzaba la edad de oro de la economía agropecuaria de exportación, que detrás suyo encontraba una masa inmigratoria motorizando el crecimiento. El armado para poner en marcha al país, tras setenta años de turbulento diseño, debió en estos años afrontar también el problema de la identidad nacional. El furor constructivo de soluciones a este último desafío se desempeñó de manera visible a lo largo de las dos culminantes décadas del siglo XIX. Desde 1880 hasta principios del nuevo siglo, se robusteció la *preocupación por lo nacional* en un sistemático y cuidadosamente delineado –aunque discutido– proceso de construcción de la nacionalidad argentina.

Si bien a partir de Caseros hubo una explosión del asociacionismo, con variado ámbitos de sociabilidad, como lo mostró Pilar González Bernaldo de Quirós en *Civilidad y Política en los orígenes de la nación argentina*, los temas debatidos en

¹⁴² DONGHI, Tulio Halperín (2005, 1995¹), *Una Nación para el Desierto Argentino*, Buenos Aires, Prometeo libros

¹⁴³ BOTANA, Natalio (1985, 1974¹), *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamerica Ediciones Argentina, p. 185.

¹⁴⁴ LOSADA, Leandro (2009), *Historia de las elites en la Argentina. Desde la Conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 117.

ellos referentes a la nacionalidad no alcanzaron una gravitación importante hasta 1880, según Fernando Devoto¹⁴⁵. La aislada construcción de *lugares de memoria* no pertenecieron hasta aquella década a un proyecto sólido de simultáneas empresas emprendedoras de activación de una conciencia nacional. Los vaivenes de la historiografía fundacional habían reflejado tan sólo los diseños de imaginarios impuestos desde las elites intelectuales sin realmente inferir de manera sustancial en la colectividad para la cual estaban, en definitiva, apuntados la escritura y los debates.

La bienvenida a nuevas nacionalidades en un territorio sin una identidad nacional consolidada propia, promovió una apurada y enérgica construcción de la *argentinidad*, del ser argentino.

‘Argentinos, hasta dónde y desde cuándo...’

(Domingo Faustino Sarmiento)

Las reiteradas guerras civiles, las permeables fronteras políticas, las diferentes conquistas territoriales, y las crecientes recepciones inmigratorias, habían dificultado a lo largo del siglo XIX una conceptualización clara de la *nación*, en cierta medida, había muchas Argentinas: ‘La percepción de dónde empezaba y dónde terminaba el país fue, para muchos, durante largo tiempo, una conjetura. La idea de pertenecer a él, también’¹⁴⁶. Esto resultó ser una preocupación latente hacia el último cuarto del siglo, cuando aclarar jurisdiccional y legalmente los contornos del país, y definir quién era y quién no era ciudadano argentino, se convirtieron en el preludio necesario de cualquier proyecto de construcción identitaria. El problema de *haber poblado a la Argentina con el inmigrante* y la continua llegada de extranjeros al Río de la Plata, fue que éstos tendían/tendieron a conservar la nacionalidad de origen y a mantener la lealtad hacia su bandera. Aquello no sólo entorpecía cualquier voluntad por implantar pautas de acatamiento morales hacia la nueva nación, sino que atentaba directamente contra la supervivencia de la misma, o al menos contra su soberanía. En

¹⁴⁵ DEVOTO, Fernando J. (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, p. 3.

¹⁴⁶ DEVOTO, Fernando (2009, 2003¹), *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 19.

otras palabras, ¿dónde terminaba la *nación* y comenzaba el *Estado*? Mientras las respuestas a este tipo de preguntas permanecieran debatidas, peligraba -en opinión de la elite local- la autonomía política y cultural de cualquier país o potencial nación que no tuviera todavía un amplio reconocimiento internacional; o que, por su inmadurez institucional o una prematura integridad político-territorial, se encontrara más vulnerable al acecho expansionista de ciertas potencias europeas. El permiso de afianzamiento de otras nacionalidades en territorio argentino, podía convertirse en un argumento legitimador para la intervención de las potencias ‘con el pretexto de defender los derechos de sus connacionales, avasallados por los gobiernos locales’¹⁴⁷. Este temor fue expresado por el senador Rafael Hernández¹⁴⁸ de la siguiente manera: ‘*En nuestro país hay libertad para profesar todos los cultos (...) pero no es permitido profesar todos los cultos patrióticos; es para lo único que no es posible que haya libertad, porque se compromete nuestra vida propia*’¹⁴⁹. Surgió entonces un vehemente debate alrededor de la naturalización del inmigrante y sobre qué implicaría dicha naturalización. Los criterios con los cuales se moldearía la creación de tradiciones patrias y costumbres argentinas, estuvieron ligados al aparato receptor, es decir, a quiénes debían mamar aquella nacionalidad, y por ende el problema del inmigrante en relación a ella debía lograr una rápida resolución. Lilia Ana Bertoni realizó un exhaustivo análisis sobre estas cuestiones en su libro *Patriotas, Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*.

El amanecer del amplio movimiento patriótico se erigió en actos y manifestaciones públicas, en una vasta y expandida producción historiográfica, en la creciente edición de libros y revistas especializadas, y en la realización de homenajes y monumentos a próceres. Había que educar al pueblo argentino, delinear los contornos del mismo, y en base a ello definir qué versión de la historia se anclaría en el sentido común de la población. La combinación de la llegada de una inmigración masiva a la Argentina, en un momento de fuerte expansión económica y en un contexto

¹⁴⁷ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 308.

¹⁴⁸ Político y periodista argentino, fundador de la Universidad Nacional de La Plata. Luchó en el bando de la Confederación durante la Guerra civil entre unitarios y federales. El 30 de abril de 1887 asumió como senador de la Provincia y fue nombrado Presidente de la Municipalidad del pueblo de Belgrano. Fundó entre otros periódicos "El progreso de Belgrano". (1840-1903).

¹⁴⁹ En la cámara de senadores, 1889. (BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 109).

internacional signado por la competencia imperialista de naciones y nacionalismos en plena efervescencia constructiva, impulsó la inevitable represalia de afirmar la nación propia. Retomaron vitalidad los debates que hacia mediados del siglo se habían dado en terrenos eruditos, dándole ahora a sus efectos una cuota de mayor tangibilidad. Construir la historia patria pasó a ser una cuestión del ciudadano y no ya del intelectual. La construcción de la memoria nacional no debía ser entonces meramente dibujada, sino que *ejercitada* por los argentinos. En este sentido, las escuelas funcionaron como espacios de central instrucción patriótica, luego desfilada en demostraciones públicas de los alumnos en actos y homenajes, donde también tendrían una activa participación clubes prestigiosos como el de Gimnasia y Esgrima, que a su vez las financiaban.

Viejas controversias en torno al rol del inmigrante y el tema de la nacionalidad encontraron, en el cierre del siglo, cauce en nuevos y expandidos espacios y círculos de preocupación; el Congreso Nacional fue convirtiéndose en el escenario frecuente de estas discusiones, lo que denota la creciente gravitación que adquirió el tema.

‘(es) necesario contrarrestar (...) la acción de los gobiernos que se empeñan en mantener vínculos de sujeción y de dominio más allá de sus fronteras; que esos hilos invisibles que sujetan al hombre a una soberanía que ha abandonado, se desaten al cruzar el océano’¹⁵⁰

(Roque Sáenz Peña)

La frase de Sáenz Peña ilustraba la convicción de que el Estado (nuevo) debía situarse por encima de la nación abandonada, y servir a la consolidación y adopción de la nueva nación. De acuerdo con esta lógica, el Estado funcionaba como la autoridad primera y la unidad elemental a la que eran reducidos todos los pobladores del territorio, ya fuesen argentinos o extranjeros. Debía cortarse el cordón umbilical que conectaba a los inmigrantes con su patria vieja a fin de crear argentinos para la Argentina.

¹⁵⁰ En el Congreso sudamericano en Montevideo, 1888. (Ibid., p. 37).

En octubre de 1887 Estanislao Zeballos se dirigió a la Cámara de Diputados condensando las preocupaciones alrededor del tema y explicando la falla técnica que le había dado existencia: *‘...puesto que los extranjeros no tienen una patria aquí, se consagran al culto de la patria ausente. Recórrase la ciudad de Buenos Aires, y se verá en todas partes banderas extranjeras, en los edificios; las sociedades, llenas de retratos e insignias extranjeras; las escuelas subvencionadas por gobiernos europeos, enseñando idioma extranjero; en una palabra, en todas partes palpitando el sentimiento de la patria ausente, por qué no encendemos en las masas el sentimiento de la patria presente’*¹⁵¹. Fue efectivamente lo que decidió hacerse y requirió de una organizada e intensa acción estatal. Los frentes en los que se peleó por la nacionalidad argentina, en esta sociedad que se rehacía a cada día, fueron: en el armado de las escuelas públicas y su relación con aquellas de las colectividades extranjeras –que enseñaban su propio idioma, su propia historia, y glorificaban sus propios héroes-; en la organización y contenido de los festejos públicos y las fechas patrias, y en las ya mencionadas discusiones en torno a la naturalización del inmigrante. Los actores principales de esta construcción fueron variados e in crescendo a lo largo de los años. Elites socioeconómicas, políticos afines y opositores al gobierno, oficiales del ejército, maestros escolares, instituciones oficiales, clubes privados, damas de beneficencia y grupos de opinión, fueron en líneas generales, los que montaron y llevaron a cabo los diversos proyectos de construcción identitaria nacional¹⁵².

En 1880 se formó el Consejo Nacional de Educación, cuyo órgano oficial de difusión se llamó ‘El Monitor de la Educación Común’. Cuatro años más tarde se sancionó la Ley 1.420 de la Educación Común. El Estado se hacía responsable de la educación pública, proclamándola de carácter laico, universal, mixto, gratuito, obligatorio, y políticamente neutro. El contenido de las clases en las escuelas se tiñó rápidamente de una orientación nacional y se buscó estimular, tanto en el personal docente como en los niños, su participación en actos públicos celebrados en las fechas patrias. En este sentido, entre 1888 y 1889 el CNE montó un mecanismo de control y ordenó la inspección de las escuelas para comprobar el cumplimiento de las normas

¹⁵¹ Ibid., p. 39.

¹⁵² Ibid., p. 40.

nacionales de educación y la manifiesta adhesión patriótica en los pasillos, aulas y alumnos.

Si bien la escuela jugó un papel necesario en este proceso, su intervención no tuvo efectos significativos. Esto se debió a que tuvo que desenvolverse a la par del accionar de escuelas y comunidades extranjeras, pero también tuvo que ver con un acceso a ella entorpecido por las distancias y las limitancias económicas. El temor que inspiraba en los alumnos el ritual de la vacunación que ella exigía, influyó en los porcentajes de asistencia a clase de unos niños que de por sí tenían otras motivaciones, como el trabajo infantil. También es cierto que los alumnos tendían a abandonar la escolaridad llegada la adolescencia, edad en que los programas de estudio decidían enseñar las materias de Educación Cívica e Historia Argentina.

Los desafíos que impuso el objetivo de fermentar el espíritu patrio a través de la educación escolar se sumaron a la realidad de que aquella nacionalidad que pretendía inculcarse necesitaba ser formada primero. Es decir, por no estar todavía completamente constituida, hacía agua por varios poros, permitiendo la intromisión y el acomodamiento de identidades culturales foráneas en espacios dejados al descuido. Esto se aplicó, sobre todo, a la educación de los hijos de inmigrantes: ‘Esos hijos, reclamados como propios por las naciones de origen y educados en otros idiomas, desarrollaban adhesión a otras patrias y adquirirían así conciencia de otra nacionalidad’¹⁵³.

De esta manera, más allá de lo acordado en el Congreso de Derecho Internacional Privado que se llevó a cabo en Montevideo en el año 1888, que había establecido que la ciudadanía sería definida automáticamente por el principio de ley territorial, las elites políticas locales se dieron cuenta de que aquello no influía en el apego, ni mejoraba el atractivo de la nacionalidad argentina. Por eso se procuró que adhirieran a ella no sólo por haber nacido en su suelo, sino por definirse también con el uso de su lengua, el ejercicio de sus costumbres, el conocimiento de su historia, y en definitiva, con la adopción de la nueva patria como la única patria.

¹⁵³ Ibid., p. 308.

Lo cierto es que los requerimientos y demandas que comenzaron a ser dirigidos hacia los inmigrantes cayeron en la inconsistencia de todo doble discurso: por momentos se pretendió que los extranjeros acataran normas propias al ciudadano argentino, sin serles concedida la ciudadanía; por otros momentos, fueron ellos mismos los que no quisieron adoptar la nacionalidad nueva. El problema lo planteó la discusión en torno a qué relación guardaban aquellas dos variantes entre sí: la ciudadanía y la nacionalidad.

Desde 1869, la ley de ciudadanía por naturalización había establecido numerosas oportunidades para que los extranjeros la adoptaran. La facilidad relativa con la que podían constituirse en ciudadanos argentinos fue sin embargo ignorada por la mayoría. Aquello no sólo implicó una desconexión simbólica entre inmigrantes y locales, sino que real, puesto que al optar por no naturalizarse se ubicaban al margen de la vida participativa política formal¹⁵⁴. No obstante, a partir de la Revolución del Parque en contra del unicato juarezcelmista, en 1890, este desapego no fue ya atribuido a la renuencia extranjera, sino que se asoció más a la interpretación que veía en la voluntad oficial un intento por nublar el proceso de naturalización para evitar aperturas electorales y una democratización sociopolítica¹⁵⁵.

El debate se dio entre la implementación de la naturalización *voluntaria* o de la naturalización *automática* –postura que defendió y propagó el Comité Patriótico, creado en 1887-. Inspiraba temor en las elites políticas la voluntad de ciertas comunidades extranjeras por mantener la lealtad a su bandera originaria; permitirlo aparecía como la legitimación de nada menos que la formación de colonias extranjeras en el país: extensiones y apéndices de las grandes potencias, naciones dentro de una nación de ‘segunda mano’. Varios miembros de la clase dirigente temía también que los sectores extranjeros económicamente poderosos les disputaran el liderazgo político. Comprendiendo su relevancia para el desarrollo de la economía, los querían dentro del país pero fuera de la patria: en la economía y no en la política. Otros consideraban que

¹⁵⁴ Ibid., p 121.

¹⁵⁵ Hilda Sabato matiza esta lectura analizando quiénes eran los individuos que dese 1853 elegían presentarse a los comicios para votar. No interpreta a la Revolución de 1890 como un logro de ciudadanos reprimidos, ni vio involucrado en ella el problema de la constitución de la ciudadanía. (SABATO, Hilda (1990), ‘La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?’ (en *Punto de Vista, Revista de Cultura*, año XIII, n-39)

la amenaza de que se desatara una competencia por el poder político era mayor si no se los incorporaba, fomentando un continuo descontento y eventualmente una sublevación.

En 1893 los miedos se concretaron en el plan ‘antinacional’ extranjero de Santa Fe¹⁵⁶. Ya movilizados desde 1890, y formados en el Centro Político Extranjero, se levantaron en armas en julio de 1893 para protestar contra el cobro del impuesto agrícola. Esto coincidió con la oleada de revoluciones radicales que estallaron al mismo tiempo en Buenos Aires, San Luis, y Santa Fe; la simultaneidad temporal fue el espejo de una convergencia de intereses¹⁵⁷. Fue a partir de los linchamientos de Carcarañá que los colonos arruinaron la popularidad y el apoyo que los acompañaba desde la prensa; el Estado nacional aprovechó este episodio para demonizar al extranjero, motivar el despliegue de un sentimiento xenófobo y reprimir militarmente cualquier levantamiento de la UCR y todos sus simpatizantes¹⁵⁸. El estado de sitio implementado en agosto del ‘93 contribuyó a la contaminación de la figura del colono extranjero, sobre todo desde la propaganda autonomista santafesina. Personalidades como José Gálvez, José García González, Luciano Leiva, y José Ignacio Llobet, entre otras, hicieron campaña perpetua para convertir a los acontecimientos de Santa Fe en movimientos antinacionales, modificando así la percepción de algo que, en términos generales, no superaba el ‘legítimo ejercicio del disenso’¹⁵⁹.

La combinación de repetidas huelgas en el contexto de la crisis económica, la emergencia de la ‘cuestión social’, la creación de la Confederación Obrera Argentina en 1890, las revoluciones radicales y el surgimiento de partidos políticos que llegaron para desafiar al orden establecido, enmarcaban un malestar general, en el cual inmigrante y su actitud áspera hacia la nación se convirtieron en los chivos expiatorios de los discursos de gran parte de la sociedad. En ellos se aplicó la convicción sarmientina que establecía que *todos los problemas eran problemas de educación* y el diputado por Salta, Indalecio Gómez, presentó en 1893 un proyecto de ley para establecer la obligatoriedad del uso del idioma argentino en todos los colegios. A su vez, Llobet pensaba lo mismo: la verdadera amenaza radicaba –según él- en la

¹⁵⁶ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 156.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 148.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p.150.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 156.

educación que los extranjeros daban a sus hijos en este país, pues los mandaban a escuelas extranjeras que les enseñaban otros idiomas, sin la instrucción cívica ni la historia patria, y se los profesaba con los ejemplos de próceres inaceptables, pues eran ajenos, eran los héroes de la historia de Alemania o Italia o Suiza o España, nunca Argentina¹⁶⁰. En este mismo sentido, Lucio V. López argüía hacia 1890: *‘Entonces yo digo que es un gran deber, gran imperio volver al pasado... Volver al pasado quiere decir releer nuestra historia... demoler el cosmopolitismo y trazar de una vez con rasgos firmes el perfil definitivo de la patria’*¹⁶¹. Esta lectura se inscribía en el creciente rechazo, o al menos profundo replanteamiento, de las libertades ofrecidas al inmigrante en la liberal y cosmopolita Constitución Nacional de 1853 y en la ley de inmigración de 1876 -que habían sido regidas con el lema alberdiano de *gobernar es poblar-*, en una época en la que Zenón Martínez alteró la fórmula a *gobernar es fortificar el espíritu nacional*.

Las tensiones se acentuaron con la llegada del nuevo siglo y culminaron en un conflictivo centenario de la Revolución de Mayo, cuyos festejos se dieron bajo la regla del estado de sitio. No obstante, en todos los años transcurridos desde mediados de la década de 1880 hasta 1910, el proyecto de la construcción de la nacionalidad logró mantenerse en funcionamiento, en algunos momentos con mayor intensidad que en otros. La espina dorsal del emprendimiento fue la comprensión de que había que nivelar culturalmente a la población entera: Instalar una historia troncal en el imaginario colectivo a fin de construir un común denominador con el que todos, argentinos y extranjeros, ciudadanos reales y potenciales, sintieran orgullo e identificación. Es así que, si Fernando Devoto observó que ‘en el cuarto de siglo posterior a la batalla de Caseros de 1852, una mitología histórica no parecía un instrumento imprescindible, ni siquiera necesario, para elites dirigentes menos preocupadas por construir (o inventar) un pasado que por el futuro y el progreso’¹⁶², hacia fines de la década de 1880, encargarse del futuro incluyó, en primera instancia, ocuparse del presente y atender a las cuestiones desmembradoras de una unidad nacional, indispensable para el

¹⁶⁰ Ibid., p. 157.

¹⁶¹ Lucio V. López, *Discurso en la colación de grados en la Facultad de Derecho* (Ibid., p. 165)

¹⁶² DEVOTO, Fernando J. (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, p. 13.

afianzamiento del país como entidad soberana. La enseñanza de la historia patria y, dentro de ella, el retrato de sus grandes hombres, floreció con la fuerza renovada que demandó la coyuntura.

Las dos historias

Al promediar el siglo XIX hubo, en Europa y en sus áreas de influencia, una predominancia de los nacionalismos que buscaron definirse en la diferencia y no en la integración ni en el respeto por la diversidad¹⁶³. Aquello cumplió con la lógica de la *era del nuevo imperialismo*¹⁶⁴ del período 1875-1914, en el cual el ‘concierto europeo’ mostró sus flaquezas frente a una carrera armamentista que terminó volcando al belicismo a una serie de economías nacionales rivales que concibieron la competencia capitalista de la que eran partícipes en términos del suma-cero. El nacionalismo liberal heredado de la Revolución Francesa dio paso a un *nacionalismo fatalista* que consistió en la desesperada y sistemática voluntad de los estados por delimitar territorios. La identidad nacional –que en gran parte se definió a partir de unidades lingüísticas, étnicas, culturales y religiosas- comenzó a primar entre las distintas formas de autoidentificación de las personas. De esta manera, ‘las manifestaciones y exteriorizaciones de patriotismo tuvieron un importante papel en las naciones-Estado de todo el mundo occidental a lo largo del siglo XIX’¹⁶⁵.

En la Argentina lo que sucedió fue que coexistieron las dos concepciones de la nacionalidad, la inclusiva y la excluyente. Ambas lograron pronunciarse en los debates y discusiones que surgieron repetidamente alrededor de numerosas cuestiones específicas concernientes a la vida del extranjero en el país. Ni las instituciones oficiales ni las particulares pronunciaban una voz uniforme; el CNE, la Unión Industrial, el Club de Gimnasia y Esgrima, el Jockey Club, la Bolsa de Comercio y el Tiro Federal, entre otros, se convirtieron en activos interesados sobre el tema, representando diversas opiniones.

¹⁶³ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica p. 169

¹⁶⁴ HOBBSAWM, Eric (1998, 1987), *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica

¹⁶⁵ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica p. 168.

En su forma más pura, el debate se reducía a la definición de la nacionalidad argentina, y ella no partía de ningún otro lado más que de la lectura que se hacía de la historia del país. ¿Había que partir de un respeto por la mezcla y el crisol de razas o había que fundar la singularidad argentina en elementos más duraderos provenientes de un pasado local? Fue sin dudas la segunda opción la que llevó adelante el movimiento por la construcción nacional hacia 1880, pero dentro de ella existieron, entre otras, dos versiones principales de la historia argentina.

Por un lado estaba la historiografía independentista y patriótica que ubicaba en la revolución de Mayo el nacimiento de la nación. Por el otro, se levantaba la valoración por la tradición cultural heredada –para algunos– de los españoles, como su lengua y sus instituciones (el sistema federal y los cabildos hispánicos), y –para otros– del criollismo. En los dos se creía en un comienzo de la nacionalidad anterior a 1810¹⁶⁶. La historiografía que realzaba el legado cultural en la constitución de la nacionalidad argentina permitía, por definición, la inclusión de culturas extranjeras en la local. Pues aquella no era sino un producto de la inyección española en el Río de la Plata durante la época colonial. La permeabilidad originaria autorizaba la incorporación de elementos foráneos en la cultura argentina. La actitud acogedora hacia los inmigrantes que la historiografía culturalista de la nacionalidad habilitaba, se convirtió en el mecanismo lateral de trato hacia el extranjero y permitió algunos acercamientos entre las distintas nacionalidades asentadas y la nacionalidad argentina. La necesidad de su sometimiento fue particularmente evidente cuando a mediados de la década de 1890 las tensiones con Chile asomaron las probabilidades de un enfrentamiento bélico, lo que alarmó a la Argentina pues vio la necesidad de asegurar en primera instancia, la lealtad de la totalidad de los residentes del país, y en segundo lugar, el abandono de la política neutral de las potencias respecto al conflicto limítrofe, para lo que necesitaba ganarse primero las simpatías y el apoyo de las mismas¹⁶⁷. Esto alentó una política de confraternidad entre la elite política y sus súbditos, con acercamientos que se simbolizarían, por ejemplo, en el alzamiento de una estatua de Garibaldi para los

¹⁶⁶ Ibid. (Con la obra de Mitre, lo que sucede es que se plantea la existencia de una nacionalidad anterior a 1810 pero en tanto sirve para llegar a la Revolución de Mayo: como si hubiera estado escrito en las estrellas, la nación estaba inevitablemente destinada a llegar a ese glorioso final/comienzo que se personificaría en los próceres que ilustró. Entonces podría concluirse que Mitre hace una mezcla de las dos lecturas historiográficas puesto que la segunda le sirve para enaltecer la primera.)

¹⁶⁷ Ibid

italianos, o en la eliminación de las estrofas hirientes a España del Himno Nacional cuando cantado en actos públicos y colegios, ambos de 1898¹⁶⁸.

En fin, un tire y afloje entre imposición y colaboración fue el método del proyecto de la construcción nacional, con una firme preponderancia de la reglamentación y la obligatoriedad de la adopción de tradiciones, cultura y símbolos patrios, propiamente ‘argentinos’. A su vez, el carácter impositor debía disimularse para generar la sensación de que no había un acto forzado en la educación patriótica, sino que, en cambio, se estaba tratando de facilitar el contacto con algo natural y permanente, aquella historia ‘inherente’ al suelo argentino. De esta manera, se buscó plasmar *lo nacional* en el espacio público para hacerlo cotidiano a los ojos de la población.

Si Para nacionalizar las conciencias había que homogeneizarlas en patrones identificatorios. La exaltación de modelos edificantes en personalidades históricas que lograran representar los valores que necesitaban implantarse en la sociedad fue una de las operaciones centrales. Manuel Belgrano, como *creador de la insignia patria*, poco tuvo que pelear su calificación en el panteón que se volcaría en la ciudad.

La materialización urbana de la figura de Belgrano

‘Los monumentos literarios e iconográficos levantados a la memoria de los grandes hombres de la patria se destinan así a personificar la República’¹⁶⁹

Pilar González Bernaldo de Quirós, autora de esa frase, realizó un estudio sobre el uso de la ciudad de Buenos Aires como escenario y soporte de la memoria nacional. Identificó dos momentos centrales en los que se dio una notable ‘decoración urbana’ en la temprana segunda mitad del siglo XIX: el primero, entre 1856 y 1857 bajo

¹⁶⁸ Ibid., p. 314

¹⁶⁹ GONZALEZ BERNALDO DE QUIROS, Pilar (2008, 1999¹), *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 420.

los gobiernos de Obligado y Alsina, con un enfoque cultural porteño; y el segundo, entre 1860 y 1862, con un carácter de embellecimiento de la ciudad en tanto representativa de su calidad de capital de la nación entera¹⁷⁰. En el primer período entraría la *estatua de la Libertad* que se ubicó, en 1856, arriba de la Pirámide de Mayo de 1811; también la remodelación de la Plaza de la Victoria que conmemoraba el triunfo rioplatense sobre los ingleses en 1807. La estatua de la Libertad, tallada por el francés Joseph Dubourdieu, imitó el ‘modelo icónico’ de Francia, como una alegoría de la *Libertad* y la *República* a lo Eugene Delacroix. Lo cierto es que en el segundo período delineado por la autora, la élite porteña del gobierno de Buenos Aires se volcó más hacia el culto a los grandes hombres y no tanto ya a las representaciones abstractas de los valores de la patria y la nación¹⁷¹.

Ambas tendencias fueron, no obstante, parte de lo mismo. Maurice Agulhon lo resumió en las siguientes palabras: ‘Hay que interpretar la expansión geométrica del panteón de héroes pasibles de ser recordados a través de monumentos bajo la luz de una idea global de progreso que se impone con la Revolución Francesa, posibilitando la ampliación democratizadora a temas profanos –la política, la milicia, la cultura, la ciencia y la tecnología aplicadas al desarrollo económico- de lo que antes sólo celebraba motivos sacros’¹⁷². Aquello, ‘producto de una nueva moral humanista y liberal, laica e iluminista, con plena confianza en los valores pedagógicos de los hombres y los acontecimientos ilustres’¹⁷³.

Surgieron debates en torno a las formas y los métodos mediante los cuales se trasladarían al incipiente tejido urbano los contenidos de la historia nacional. En 1883 el diputado Alvear sugirió que se remodelaran y unieran las Plaza de la Victoria y 25 de Mayo en la resultante Plaza de Mayo a través de la demolición de la Recova¹⁷⁴. El proyecto propuso, a su vez, reemplazar la pirámide de Mayo por un nuevo monumento que conmemorara la Independencia. Esto último provocó un enérgico debate entre quienes estaban a favor y en contra de extirpar la pirámide de 1811, fundado en

¹⁷⁰ Ibid, p. 415.

¹⁷¹ Ibid, p. 417.

¹⁷² GORELIK, Adrián (1997), ‘La belleza de la patria. Monumentos, nacionalismo y espacio público en Buenos Aires’ (en *Revista de cultura de la arquitectura, la ciudad y el territorio*, BLOCK, n-1, p. 81.

¹⁷³ Ibid.

¹⁷⁴ Ibid., p. 85.

posiciones encontradas sobre los pilares conceptuales del significado de la nación y de la patria. Se realizó una encuesta en los círculos ilustrados de la política local para decidir el destino de la pirámide; Mitre, Vicente Fidel López, Sarmiento, Estrada, Lamas, Adolfo P. Carranza y Avellaneda, estuvieron entre los llamados a brindar su opinión al respecto. Es decir, los que habían definido los cursos historiográficos de la historia nacional, tomaban ahora también el control sobre su proyección en el espacio público¹⁷⁵.

La discusión se ancló en qué función debía cumplir la ciudad: ¿Tenía que constituirse en un espacio de la *memoria* y de la virtud patriótica, o en un lugar a tono con la idea del *progreso* y la virtud transformadora de la modernidad? Este tipo de dudas reflejaba las inquietudes propias a todas las naciones nuevas en la era moderna¹⁷⁶. Mientras para Alvear la pirámide era una construcción retrógrada, de mal gusto, adornada espontáneamente por los presupuestos baratos de los primeros gobiernos de la Organización Nacional; para Estrada y Lamas se trataba de una reliquia de los orígenes de la nación, representativa de los momentos fundadores de la patria. Derrumbarla desencadenaba entonces una discusión sobre moral nacional¹⁷⁷. Andrés Lamas, a su vez, argumentaba que los monumentos históricos siempre quedarían ‘atrasados’ puesto que siempre pertenecerían a la época del ayer, incapaces de -y conceptualmente renuentes a- renovar su estética con las modas de los nuevos tiempos, ya que perderían su carácter *histórico*.

Del lado opuesto, Sarmiento y Alvear explicaban que las imperfecciones de la pirámide no reflejaban el glorioso espíritu de la revolución, sino que generaban la sensación de que ésta había tenido un carácter débil y provisorio, idea que había que erradicar rápidamente ante el fluvial inmigratorio¹⁷⁸. Había que alzarse, entonces, como una nación sólida con una simbología patria encarnada en contundentes y frescos monumentos desparramados por la ciudad. Lo viejo, lo original y lo histórico, debía – según ellos- quedar sometido al lugar de la *memoria*, y la ciudad no era el espacio para ello. Era en cambio, el lugar para simbolizar la idea del progreso, del avance y del futuro. Es así que los monumentos no debían, a través de su precariedad y estilo caduco,

¹⁷⁵ Ibid.

¹⁷⁶ Ibid., p. 86.

¹⁷⁷ Ibid.

¹⁷⁸ Ibid, p. 87.

hacer al ciudadano viajar al pasado, sino hacerlos mirar hacia delante, hacia un devenir grandioso, mediante esculturas que comunicaran esa fuerza y esplendor. Los monumentos y espacios de conmemoración patria debían ser, así, agradables a los ojos de un cosmopolitismo y modernidad con criterios de exigencia visual internacionales.

El grado de la discusión en torno al derrumbamiento de la pirámide de Mayo (que finalmente no fue demolida) fue el prelude de similares debates que se dieron en mayor escala y con más frecuencia hacia fines de la década del ochenta con el fervor constructivo de monumentos, espacios históricos, calles y paseos pertenecientes al proyecto general de construcción de la nacionalidad.¹⁷⁹.

El grado de la discusión en torno al derrumbamiento de la pirámide de Mayo (que finalmente no fue demolida) fue el prelude de similares debates que se dieron en mayor escala y con más frecuencia hacia fines de la década del ochenta con el fervor constructivo de monumentos, espacios históricos, calles y paseos pertenecientes al proyecto general de construcción de la nacionalidad¹⁸⁰.

Poca controversia generó, sin embargo, la construcción de un mausoleo a Manuel Belgrano. La idea surgió de una iniciativa estudiantil hacia 1895 en los preparativos para los festejos del 9 de julio; el alumno de la Sección Sur del Colegio Nacional de Buenos Aires (luego conocido como Colegio Nacional Bernardino Rivadavia) Gabriel L. Souto fue el autor de la propuesta¹⁸¹. El monumento, tal como el de 1873, fue costado con donaciones públicas, que encontraron en Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Joaquín V. González, Adolfo Saldías, José Juan Biedma, en personalidades del Ejército y en los cincuenta mil pesos del Congreso Nacional, las contribuciones más significativas. La comisión ejecutiva que tomó el mando de la colecta estuvo conformada nuevamente por Mitre, ahora junto a Julio Argentino Roca, Carlos Pellegrini, Bernardo de Irigoyen, Vicente Fidel López, entre otros, lo que reafirmaba una vez más la impermeabilidad directiva de los encargados de hacer la historia tanto en tinta y papel, como en piedra y bronce. Un concurso dispuso en manos

¹⁷⁹ Ibid, p. 88.

¹⁸⁰ Ibid.

¹⁸¹ ZAGO, Manrique Director editorial (1995), *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones, p. 99.

del escultor italiano Héctor Ximenez la construcción del mausoleo, que se inauguró finalmente en 1903 en el atrio de la iglesia del Convento de Santo Domingo¹⁸².



Mausoleo de Manuel Belgrano, Iglesia del Convento de Santo Domingo, Ciudad de Buenos Aires, 1903.

Ubicado en la puerta de la basílica de Nuestra Señora de Rosario, el mausoleo se convirtió en un paisaje cotidiano para todo ciudadano de la zona y en un punto de elección para conmemorar al *prócer*, por ejemplo en el centenario de su muerte (20 de junio de 1920) cuando se tomó la siguiente fotografía:



Mausoleo de Manuel Belgrano en el centenario de su muerte, 20 de junio de 1920.

¹⁸² Ibid, p. 102.

Al sepulcro se lo rodeó con estatuas laterales que representaban las *virtudes belgranianas*: abajo aparecían representadas dos figuras, una ilustrando la faceta militar del prócer y la otra su faz como pensador. Arriba, además de las flores ornamentales, rodeaban a la tumba los cuatro ángeles de sus *dones*: el militar, el economista, el ilustrado y el educador.



Belgrano aparecía representado, entonces, a principios de siglo con un monumento ecuestre en la Plaza de la Revolución, también con el primero de los mausoleos alzados en el país para conmemorar a un prócer, y con una escultura de su busto instalada en 1983 en el barrio de Belgrano:



Busto de Manuel Belgrano, 1893.

Existía desde 1855 un pueblo que llevaba su nombre. Aquello tuvo una particular relevancia dada la ínfima cantidad de barrios reconocidos en la provincia de Buenos Aires en aquel momento. En 1883 el gobierno provincial sancionó un decreto que lo alzaba a la categoría de ciudad, integrándose junto a San Nicolás, Mercedes, Dolores y Chascomús, a la serie de las poblaciones con jerarquía legítima en Buenos Aires¹⁸³. Cuatro años más tarde Belgrano y Flores serían anexadas a la ciudad capital.

Dos características de lo que se constituiría en el barrio merecen reparo. Primero que el territorio sobre el que se delimitó había pertenecido a Juan Manuel de Rosas. Las tierras del *Restaurador* eran entonces renombradas con personajes que *limpiarían* la reputación de su pasado. Segundo, fue Belgrano la sede del gobierno nacional de junio a octubre de 1880, tras los disturbios del último enfrentamiento entre las dos partes de la guerra civil¹⁸⁴.

Llegado el siglo XX, eran pocos los monumentos que se habían levantado para servir a la causa de la construcción de la nacionalidad en la ciudad. Sin embargo, la figura de Belgrano sí aparecía materializada en el espacio público, y la de San Martín también. A estas dos personalidades de la historia argentina podría llamárselos los *próceres invariables*. Han adquirido un reconocimiento unánime como los *Padres de la Patria*, sobreviviendo cualquier intento que algunos autores de la historiografía decimonónica tuvieron por arrebatarlos. A simple vista, puede deducirse por qué la posteridad los consagró en los primeros héroes de la nación: San Martín, por su renuencia a participar en la guerra civil y tomar partido en un enfrentamiento entre argentinos; Manuel Belgrano por haber creado la Bandera de *todos* los ciudadanos.

En su libro *La Formación de las Almas. El imaginario de la República en el Brasil* (1990) Murilo de Carvalho analizó, entre otras cuestiones, las características que convierten a ciertos personajes de la historia de los países en *próceres* o *héroes*: ‘Existen situaciones en las que una misma figura puede representar diferentes imágenes de héroe para diferentes sectores de la población’¹⁸⁵, explicó. Luego prosiguió: ‘El héroe republicano por excelencia es ambiguo, multifacético, despedazado. Se lo

¹⁸³ CORDOBA, Alberto Octavio (1968), El barrio de Belgrano, hombres y cosas de su pasado histórico, Cuadernos de Buenos Aires XVII, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, p. 10.

¹⁸⁴ Ibid, p. 11.

¹⁸⁵ DE CARVALHO, Murilo (1997, 1990¹), *La Formación de las Almas. El imaginario de la República en el Brasil*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, p. 206.

disputan varias corrientes; es útil para la derecha, el centro y la izquierda. Es el cristo y el héroe cívico, el mártir y el libertador, el civil y el militar, es el símbolo de la patria y el subversivo¹⁸⁶. Desde luego aquellas cualidades servían para aglutinar identidades en un país como la Argentina que tenía una sociedad tan heterogénea.

Las personalidades de San Martín y Belgrano lograban colocarse en una instancia superadora de los conflictos internos, representando genuinamente los intereses de la patria *toda*. El desafío se afilaba, sin embargo, con la identificación que había que lograr que los inmigrantes sintieran respecto a los próceres argentinos. La preocupación se acentuaba con la pobreza decorativa de la ciudad en términos nacionalizantes. Sobre todo porque las comunidades extranjeras, en especial la italiana, también parecían estar expresando su nacionalidad en el espacio público a través de la glorificación de sus propios *grandes hombres*. Es así que en una estatua de Mazzini posaba relajada en la Plaza Roma desde 1878, y una de Garibaldi en Plaza Italia sería alzada en 1907. La comunidad italiana siempre había presentado para la elite argentina una fuente de preocupación mayor que otras nacionalidades. Su tardía unificación había motivado un espíritu revanchista que buscó equipararse con las grandes potencias europeas que la habían dejado atrás. Incapaz de financiar una prepotencia militar, la idea de tener colonias ‘espontáneas’ mediante las cuales ejercer una autoridad a escala internacional se constituyó en una opción de gran atractivo, y asustaba considerablemente a las autoridades políticas locales¹⁸⁷. No sólo temían un separatismo político formal de aquella comunidad en el país, sino un separatismo *moral* con el cual se sintieran partes de otra nación y en posición de rendirle culto a la misma.

La figura de Manuel Belgrano sería sorprendentemente funcional a la hora de formar un panteón de hombres ilustres para fortalecer el espíritu nacional argentino, particularmente entre los italianos. Fue Italia la que en 1927 erigiría un monumento en honor a Manuel Belgrano en la ciudad de Génova, y la que también, en 1933, inauguraría un busto del mismo en frente a la embajada argentina en Roma¹⁸⁸. El uso simbólico de Belgrano para efectuar un acercamiento entre ambos países lo habilitó el

¹⁸⁶ Ibid.

¹⁸⁷ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 30.

¹⁸⁸ ZAGO, Manrique Director editorial (1995), *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones, p. 185.

linaje paterno del *prócer* puesto que su padre, Domenico Belgrano-Peri, no sólo había sido un inmigrante italiano en el Río de la Plata, sino que pertenecía a la familia Oneglia. Aquella le daba el nombre a una ciudad ubicada al norte de Italia en la costa de Liguria, de donde había surgido Andrea Doria, un ‘padre de la patria italiano’ que en 1528 había salvado y organizado la República¹⁸⁹. Por ello ‘consideraban a Manuel Belgrano un héroe ítalo-argentino’¹⁹⁰.

La lógica de montar un panteón nacional no pretendió, de todas maneras, buscar la aprobación extranjera de los próceres, pero sí buscó demostrar que los *héroes* argentinos podían tranquilamente ser adoptados como propios por los extranjeros naturalizados en el país, en tanto constituyera parte del proceso de *argentinización*. A su vez respondió a la urgencia que implicaba la cercanía al centenario de la revolución de Mayo, cuyas comisiones organizativas buscaron apurar la construcción de estatuas de personalidades ilustres como los miembros de la Primera Junta Rodríguez Peña, Garay y Vieytes, y remodelar aquellas ya existentes, como la de San Martín¹⁹¹.

Reapareció la discusión alrededor del criterio con el que se definiría qué personajes de la historia serían merecedores de monumentos conmemorativos: ‘en cuanto se amplía el panteón de los héroes pasibles de representación monumental, la demanda de nuevos reconocimientos asume la forma de un espiral indetenible’¹⁹². El ensayista y crítico literario argentino Roberto Giusti propuso, por ejemplo, incorporar además de los clásicos Moreno, Rivadavia y San Martín, a los líderes de la nueva hora como Karl Marx, Emilio Zola y León Tolstoi; Manuel Gálvez también se quejaba del descarte de personalidades culturales y ‘espirituales’ de la vidriera nacional como el poeta Olegario V. Andrade¹⁹³.

De todos modos, en general se mantuvo el criterio de la *Galería de Celebridades Argentinas*, visto concretamente en la voluntad en 1889 de alzar el panteón junto a un gran arco de triunfo conmemorando la Batalla de Caseros. La iniciativa, no obstante, no encontró despegue en 1889, renaciendo el proyecto hacia

¹⁸⁹ Ibid., p. 16.

BURONI, Pablo, ‘Presencia de la Armada en la inauguración del monumento al general Belgrano en Génova’ (disponible en versión digital en www.centronaval.org.ar/boletin/BCN812/812buroni.pdf)

¹⁹¹ GORELIK, Adrián (1997), ‘La belleza de la patria. Monumentos, nacionalismo y espacio público en Buenos Aires’ (en *Revista de cultura de la arquitectura, la ciudad y el territorio*, BLOCK, n-1, p. 89.)

¹⁹² Ibid

¹⁹³ Ibid.

1894 por sugerencia de un profesor del Colegio Nacional¹⁹⁴. La comisión ejecutiva a cargo de llevarlo a cabo estuvo bajo la dirección del general Roca y fue integrada por Ernesto Quesada, José J. Biedma, Adolfo P. Carranza y Mariano de Vedia¹⁹⁵. En la evaluación de la historia, los personajes que integrarían el panteón no presentó mayores discusiones hasta llegar al año de 1825. Después de aquel año el asunto se complicaba, sobre todo por la liberal demonización de la figura de Rosas, algo que Quesada desmentía enérgicamente. Podría considerárselo el precursor de lo que en la década de 1930 se conocería como el *Revisionismo*. Quesada volvía sobre el relato de la historiografía liberal y reponía sus supuestos errores. Exculpaba a Rosas por haber tenido que implementar un estado fuerte, responsabilizando a la desorganización de los unitarios como su causa principal¹⁹⁶.

El emprendimiento falló una vez más. De todas maneras, Belisario Roldán resumió en pocas palabras los objetivos del proyecto, confirmando la funcionalidad de los próceres en la construcción de la nacionalidad:

‘Las voluntades se unifican para darle vida y las pasiones se acallan para darle paso (...) todos los espíritus se confunden en una misma evocación, todas las conciencias se hermanan en un mismo fallo y todas las almas se abrazan en un mismo altar (...) el Panteón nacional, silencioso y simbólico será luz, inspiración, ejemplo, enseñanza, gloria y altar. A su alrededor nos congregaremos en las horas oscuras de la duda y como al niño el regazo de la madre, él nos infundirá valor, aliento y fe’¹⁹⁷.

La ciudad buscaría suplir los objetos fracasados del panteón, haciendo de ella una gran aula de patriotismo cívico. Adrián Gorelik afirma que en aquellos momentos, en los prolegómenos del Centenario, aquella aparecía, sin embargo, como una ciudad *enemiga*¹⁹⁸. Aquello se debió a que toda tradicionalidad y originalidad de la misma se veía corrompida por las inyecciones modernizadoras de la época, potenciado a

¹⁹⁴ BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 286.

¹⁹⁵ Ibid.

¹⁹⁶ Ibid, p. 273.

¹⁹⁷ Belisario Roldán discurso en el Club Católico, 30 de junio de 1894, en *La Nación*, 1 de agosto de 1894 (en, BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 287).

¹⁹⁸ Ibid.

su vez por un cosmopolitismo permanente que borroneaba los contornos locales donde fuera que se asentara. Sobre ello, Gálvez opinó hacia 1910: *‘(Buenos Aires es) una hermosa prostituta que está aprendiendo a embellecerse y que bajo el esplendor de su carne cosmopolita y el mimetismo de su lujo complicado y estrepitoso, deja percibir a cada instante su burda condición’*¹⁹⁹. Es por ello que la serie de monumentos que se erigieron respondió a la voluntad de *‘purificar’* *‘la metrópoli ajena y desmemoriada’* que parecía haber alterado la geografía de la dicotomía civilización-barbarie²⁰⁰.

Aquella preocupación que se dio en el plano urbano fue equivalente a la que Ricardo Rojas expresaría en *La restauración nacionalista*, de 1909, en el área de la educación. Rojas perteneció a la generación del 1900, que fundó una especie de *‘nacionalismo cultural’*, más tranquilo y menos oligárquico de lo que sería el nacionalismo de 1920. Junto a él se tendió a ubicar las personalidades de Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Macedonio Fernández, Alfredo L. Palacios, Alberto Ghirardo, Manuel Gálvez, Manuel Ugarte, Carlos Octavio Bunge y Juan B. Justo²⁰¹. Todos dedicaron tiempo al análisis del pasado a modo de ofrecer pronósticos políticos, ideológicos y teóricos sobre el rumbo del país. Rojas condensó en su trilogía, *La restauración nacionalista (1909) – Blasón de Plata (1910) – La Argentinidad (1916)*, la preocupación sobre el inmigrante y propuso –a diferencia de la actitud represiva de la elite gubernamental, que en 1902 dictó la ley de Residencia y en 1910 la de Defensa Social habilitando la deportación de extranjeros *‘peligrosos’*- su incorporación pacífica mediante los programas escolares de la educación pública, concediéndole a las Humanidades, y específicamente a la materia de Historia, un lugar prioritario. Explicó que había que regular también las edades en que los niños aprenderían los contenidos de la historia nacional puesto que la niñez era vista como el momento recomendable para que los hijos de inmigrantes se educaran rápidamente con contenidos nacionales.

Un arduo crítico del cosmopolitismo, como Rojas, tuvo sin embargo una actitud conciliadora hacia el inmigrante; probablemente un producto de la emergencia del *‘nuevo modo de relación entre sociedad y Estado encarnado en el transformismo*

¹⁹⁹ Manuel Gálvez, El diario de Gabriel Quiroga, (en GORELIK, Adrián (1997), *‘La belleza de la patria. Monumentos, nacionalismo y espacio público en Buenos Aires’* (en *Revista de cultura de la arquitectura, la ciudad y el territorio*, BLOCK, n-1, p. 89.)

²⁰⁰ El inmigrante como el bárbaro. (Ibid).

²⁰¹ PULFER, Darío (2010), *‘Presentación. Rojas: Educación y cuestión nacional en el Centenario’* (en *La Restauración Nacionalista, Ricardo Rojas*, La Plata, Unipe Editorial Universitaria).

elitista del saenzpeñismo para superar el orden conservador²⁰², donde el servicio militar obligatorio, el voto, la vocación nacionalista de la escuela pública y los proyectos sanitarios de higienización (como la vacunación en las escuelas), pertenecieron a un mismo proceso de nacionalización incluyente²⁰³. Su forma de lidiar con la problemática del inmigrante se limitó al trato de las comunidades extranjeras ya residentes en el país. Respecto a las venideras, sin embargo, tuvo una actitud censuradora puesto que consideraba que la Constitución Nacional tenía un carácter excesivamente liberal y que por ende devenía en anacrónica, ya que, al igual que Zenón Martínez, opinaba que los tiempos *alberdianos de gobernar es poblar* habían quedado atrás.

De alguna manera, aquella postura estuvo en consonancia con su alejamiento de la línea historiográfica liberal que adoptaba la lectura dicotómica sarmientina. Ya por la evidencia de una inmigración distinta a la ansiada, como por la idea de que el extranjero civilizado debía venir a enriquecer y a *hacer* a la Argentina, Rojas –al igual que Joaquín V. González- la descalificaba en un afán por recuperar las raíces indigenistas e hispánicas de la tradición nacional en el relato de la historia argentina²⁰⁴.

Joaquín V. González fue un intelectual, periodista y político, nacido en La Rioja. Desde 1880 había mostrado una gran preocupación por la ‘invención de la tradición’ nacional²⁰⁵. En ocasión del Centenario se publicó su *Juicio del Siglo*, donde el autor formuló la nacionalidad como ‘una tradición originaria a la cual los inmigrantes se integraban, y no (como) la idea de una nueva identidad cultural o ideológica surgida de la fusión entre ellos y los elementos criollos’²⁰⁶. Tanto González como Ramos Mejía y Agustín Álvarez redujeron la atribución de *agente transformador* que Sarmiento había asociado con el inmigrante. La nacionalidad era concebida entonces como una identidad autoabastecida por sus propias características locales; era original, propia.

Leopoldo Lugones, un ferviente crítico de la inmigración, contribuyó a pensar la nacionalidad argentina como algo excepcional, aún a escala americana. La

²⁰² Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, y Natalio Botana, *El orden conservador*, (en PULFER, Darío (2010), ‘Presentación. Rojas: Educación y cuestión nacional en el Centenario’ / en *La Restauración Nacionalista, Ricardo Rojas*, La Plata, Unipe Editorial Universitaria, p.22.)

²⁰³ Ibid.

²⁰⁴ ROJAS, Ricardo (1922, 1910¹), *Blasón de Plata*, Buenos Aires, ‘La Facultad’ Juan Roldán y Compañía, p. 157.

²⁰⁵ DEVOTO, Fernando (2009, 2003¹), *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 281.

²⁰⁶ Ibid, p. 282.

reivindicación de la figura del *gaucho* en su interpretación de los orígenes de la nación argentina, lograba diferenciar la cultura local de aquellas de otros países²⁰⁷.

A propósito del prócer en la historia nacional

Al protagonismo de los próceres en la narración de la historia Rojas lo catalogó como *'la patriotería o el fetichismo de los héroes militares'*²⁰⁸, por lo que propuso una enseñanza donde *'el patriotismo y el sentimiento nacional (dejaran) de consistir en el culto de los héroes militares y de la bandera, para consistir en todo esfuerzo generoso y concientemente realizado en favor del territorio, del idioma, de la tradición o de la hegemonía futura del país'*²⁰⁹. En el mismo sentido concibió Lugones, en su texto *Didáctica* de 1910, la utilidad de la escuela para la tarea de implantar la nacionalidad argentina en la identidad primera de los hijos de inmigrantes y en los ciudadanos locales. El mismo pensamiento que Sarmiento había profesado hacia 1853 en *Educación Común*, ahora proponía –en los autores del 900- desprenderse de la tradición bipolar de héroes más héroes que otros *a lo Mitre*, en un cuestionamiento sobre la funcionalidad de la enseñanza de la historia a través de próceres y personalidades individuales. En otras palabras, se planteaba la eliminación de la figura del patriota, y del culto a los símbolos y próceres, para fomentar en cambio las ideas ilustradas de la Justicia y la Libertad sin reparación en la raza. La inspiración de aquel cambio partía de la pobre identificación que podía experimentar un extranjero con una historia contada en términos de pertenecientes (descendientes de los próceres) y excluidos (con sus propios héroes en territorios de ultramar).

Una operación similar la había realizado José María Ramos Mejía hacia 1899 cuando publicó su obra *Las multitudes argentinas*. En ella, el futuro presidente del Consejo Nacional de Educación relató los episodios de la independencia y de la revolución en términos de multitudes y no de próceres ni grandes hombres²¹⁰. Por

²⁰⁷ Ibid, p. 284.

²⁰⁸ ROJAS, Ricardo (1922, 1910¹), *Blasón de Plata*, Buenos Aires, 'La Facultad' Juan Roldán y Compañía, p. 157.

²⁰⁹ Ibid, p. 26.

²¹⁰ Como respuesta a las críticas de D. Vélez Sársfield, el biógrafo de Belgrano escribió sobre cómo Sarmiento había interpretado el rol de las multitudes en la revolución: *'Sarmiento piensa que la revolución argentina fue una revolución sin pueblo, sin opinión eficaz en el sentido de la iniciativa y de la acción, y que los directores de ella fueron las poderosas palancas que movieron esas masas casi inertes, cuando no reaccionarias, que se llamaron pueblos, ejércitos, masas, mayorías'*. (En *Obras Completas de Bartolomé Mitre*, (1942), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, Volumen XI, p. 276.)

ejemplo, cuando escribió acerca del nombramiento de Cisneros como presidente de la Nueva Junta, explicó que Belgrano y Saavedra habían expresado en el Cabildo el descontento general *incitados por la multitud*, ‘que ya vivía organizada y era la que en realidad tenía todas las iniciativas’²¹¹. Aquella lectura estaba en plena sintonía con las propuestas educativas de Rojas, que definían a la nacionalidad como una identidad del ‘yo colectivo’ anclado en la teoría del Contrato Social, mediante el cual las individualidades abdicaban sus pasiones e instintos personales en pos de una multitud unida moralmente, un pueblo.

A su vez, Juan Agustín García se sumaría, a comienzos de la década de 1920, a la crítica contra el retrato del prócer. *Sobre nuestra incultura* se tituló el libro donde calificó el estudio de los grandes hombres del relato nacional como un trabajo más riguroso que el de los hagiógrafos. Sostuvo que al mostrar únicamente las cualidades nobles y positivas del *héroe*, el saber sobre el mismo terminaba siendo incompleto y contraproducente. Allí residía, según él, la razón detrás del desinterés que generarían aquellos personajes en las generaciones futuras, dado que no se los mostraba humanos y cercanos, sino lejanos y utópicos; poco prestables a la empatía de la posteridad. Es así que explicó: ‘a los hombres les agrada encontrar en el prócer la cuerda que desafina y los trae por algún lado al redil común’²¹². Aquel fue el error que marcó: el de ‘someterse a un patrón ideológico nacional...de incultura social, (que exigía) esa forma de escribir la historia’²¹³. En fin, para el director del CNE usar al prócer en la educación nacional no era inapropiado, lo que sí juzgaba incorrecto era presentarlo como un sujeto incorruptible y ficticio.

²¹¹ RAMOS MEJIA, José María (1934, 1899¹), *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Talleres gráficos argentinos L. J. Ross, p.125.

²¹² GARCIA, Juan Agustín (1981, 1922¹), *Sobre nuestra incultura*, Buenos Aires, Editorial Docencia, Argentina, p. 62.

²¹³ *Ibid*, p. 60

PARTE 5

Un cierre

Hacia 1910 Joaquín V. González sintetizó la relevancia de los libros de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López en la construcción de la nacionalidad argentina, a partir de un reconocimiento de que sus obras habían fundado ‘*el basamento de la grande historia o (habían bosquejado) con líneas bastante definidas sus caracteres permanentes; de manera que, aún cuando hubiesen de variar hasta el infinito las modalidades, aspectos y sistemas ulteriores, ya no (sería) posible alterar aquellas líneas y rasgos fundamentales*’²¹⁴. La representación de Belgrano, y la forma en que lo recordaría la posteridad, constituyó una de esas creaciones inalterables.

En esta línea de razonamiento es curioso ahondar, por ejemplo, en el hecho de que se festejara en 1910 el centenario de Mayo como el cumpleaños de la patria puesto que el 25 de Mayo de 1810 lo que nació fue la Primera Junta de Gobierno, un órgano que respondía todavía a la autoridad del rey cautivo de España. Aquello fue claramente descrito en las obras de Mitre y López, sin embargo, en 1908 no se montó un espectáculo como el de 1910, y en 1916 tampoco. La elección de optar por 1910 se diluye así en un sentido común difícilmente rastreable. Con lo cual, ¿por qué fue 1810 una fecha más legítima que 1808, 1816, 1862, 1880, o directamente 1492, para marcar el comienzo de la historia argentina? Más aún, ¿por qué no caracterizarla de *eterna* como todos aquellos que hablaron de un país predestinado? La respuesta que puede esbozarse es que cuanto más nobles fueran los hechos relatados, más memorable se convertiría la periodización de la historia. No hay nación que no se haya valido de ella en forma provechosa, al menos no en su etapa constructiva. La historia fue, en definitiva, la primera *invención de la tradición* de toda nación.

La transmisión de los momentos icónicos de aquella historia a la ciudad tuvo el objetivo de educar de manera simple y amplia a los habitantes. Nada más directo que la vista para incorporar conocimiento. Había que *ver* la nación en la ciudad: ‘Es el período de constitución de una idea de nación moderna. Se hace seleccionando referencias y modelos, atrayendo profesionales y especialistas e incorporando nuevas

²¹⁴ ROLDAN, Darío (1993), *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina S. A., p. 26.

tecnologías, y atendiendo en particular a la promoción de las ciencias y las artes y su difusión popular a través de instituciones como museos, jardines botánicos y zoológicos y bibliotecas²¹⁵.

El Centenario se festejó, a pesar de la problemática del extranjero en torno a la adopción de la nacionalidad o el fortalecimiento de la *cuestión social* y el auge de la xenofobia, con una positiva mirada retrospectiva respecto a lo logrado en cien años de temprana historia nacional. Fue allí cuando se aprobó el proyecto de construcción de un monumento a la Bandera Nacional en la ciudad de Rosario. La Comisión del Centenario firmó en 1909 el contrato con la escultora y urbanista Lola Mora, el mismo que sería rescindido quince años más tarde, postergando la construcción hasta la década de 1940. Los arquitectos Alejandro Bustillo y Ángel Guido, junto a los escultores José Fiovanti y Alfredo Bigatti, conformaron la propuesta ganadora del concurso para la construcción del monumento efectuado en 1939²¹⁶. Tanto por las dimensiones que adquiría su tamaño, como por el carácter ‘totalizante’ del elemento conmemorado, la bandera celeste y blanca -legítimamente reclamable como propia por todo argentino-, se resistiría a ser catalogado como un monumento más nacido de la serie decimonónica.

El hecho de que entre la primera vez que surgió la idea de alzar un monumento a la Bandera (hacia 1880) hasta que se concretó –bajo otra forma, época y autores artísticos- en la segunda mitad del siglo XX, echa luz sobre el uso resistente de la aquella insignia como símbolo de la identidad nacional, y tal vez sobre un languidecimiento de la figura de Manuel Belgrano, puesto que en aquella ocasión decidió quebrarse el dúo para honrar únicamente a la Bandera. Gabriela Couselo asegura que, si bien el proyecto formó parte del espíritu constructor de 1910, respondió sobre todo a la necesidad provinciana de erigir un monumento al pilar de la identidad rosarina: ‘el monumento rememoraba el único episodio sobresaliente que vinculaba la historia de la ciudad con la de la República’²¹⁷.

²¹⁵ GREMENTIERI, Fabio y SHMIDT, Claudia (2010), *Arquitectura, educación y patrimonio. Argentina 1600-1975*, Buenos Aires, Pamplatina

²¹⁶ COUSELO, Gabriela, ‘La celebración del pasado en la ciudad: un Monumento a la Bandera para Rosario’ (en *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti, Córdoba, Argentina, año 2, n-2, p.106.)

²¹⁷ *Ibid*, p. 103.

María Catalina de Paul – Tesis de Licenciatura de Historia – UTDT – 2012

Un Prócer para la Nación Argentina. Los usos de la figura de Manuel Belgrano en el proceso de construcción de la nacionalidad, 1857-1910.



Unos 10.000 metros cuadrados se destinaron para el Monumento a la Bandera Nacional en Rosario, 1940.



‘Se trata del insólito montaje de un rascacielos, una capilla de indios, una fuente, un teatro griego y un propileo, en una resolución que pretendía lograr la condición monumento nunca visto’²¹⁸.

El monumento, que en esta ocasión traspasó el carácter escultórico para adoptar ‘una composición predominantemente arquitectónica’²¹⁹, buscó generar a través de su tamaño impactante la afirmación de que algo trascendental y honorable había transcurrido allí²²⁰. Ana María Rigotti lo definió como ‘un edificio emblemático no sólo

²¹⁸ Ibid.

²¹⁹ RIGOTTI, Ana María (2011), ‘Monumento a la Bandera en Rosario. Síntesis de búsquedas excéntricas en la modernidad argentina’, CURDIUR, Conicet, Jornada; Primeras Jornadas de Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad. Institución organizadora: Escuela de Arquitectura y Estudios Urbanos UTDT, p.30

²²⁰ Ibid.

de la ciudad de Rosario, sino pretendidamente de la Nación²²¹. La elección de montarlo en aquella ciudad respondió al legendario primer izamiento de la Bandera argentina por Manuel Belgrano el 27 de febrero de 1812 allí transcurrido, en las orillas del Río Paraná. La relación locus-memoria buscaba imprimirle al monumento la fidelidad de su significado histórico mediante la geografía compartida de ambas épocas. El contacto entre el ciudadano y su historia se volvía, así, ilusoriamente tangible y cotidiano.

Este estudio cierra con la aprobación de la edificación de este monumento en 1910. La decisión de concluir con el Centenario de la Revolución de Mayo es igual de convencional que haber comenzado con el año 1857. Marcó el punto de llegada de varios años de construcción nacional, y el comienzo de un nuevo apartado en la historia del país. También reflejó el nacimiento de nuevas tensiones alrededor de los componentes de la identidad política y sociocultural argentina, en medio de un clima de bonanza económica y un panorama de progreso que inspiró nuevos proyectos de crecimiento y superación²²².

²²¹ Ibid.

²²² GREMENTIERI, Fabio y SHMIDT, Claudia (2010), *Arquitectura, educación y patrimonio. Argentina 1600-1975*, Buenos Aires, Pamplatina, p. 63.

Bibliografía

Libros

- AMIGO, Roberto (1997), *Imágenes de la historia y discurso político en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)*, Buenos Aires, FIAAR
- ANDERSON, Benedict (1993, 1983¹), *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica
- BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas Cosmopolitas y Nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel (2007, 1997¹), *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Emecé Editores
- BOTANA, Natalio (1985, 1974¹), *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamerica Ediciones Argentina
- BOTANA, Natalio (1991), *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana
- CHIARAMONTE, José Carlos (2007, 1997¹), *Ciudades, provincias estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé Editores
- CORDOBA, Alberto Octavio (1968), *El barrio de Belgrano, hombres y cosas de su pasado histórico*, Cuadernos de Buenos Aires XVII, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
- DE CARVALHO, Murilo (1997, 1990¹), *La Formación de las Almas. El imaginario de la República en el Brasil*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes
- DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora (2010, 2009¹) *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana
- DEVOTO, Fernando J. (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana
- DEVOTO, Fernando (2009, 2003¹), *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana
- DONGHI, Tulio Halperín (2007, 1995¹), *Proyecto y construcción de una Nación (1846-1880)*, Buenos Aires, Emecé Editores
- DONGHI, Tulio Halperín (2005, 1995¹), *Una Nación para el Desierto Argentino*, Buenos Aires, Prometeo libros

- GONZALEZ BERNALDO DE QUIROS, Pilar (2008, 1999¹), *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- GREMENTIERI, Fabio y SHMIDT, Claudia (2010), *Arquitectura, educación y patrimonio. Argentina 1600-1975*, Buenos Aires, Pamplatina
- HOBSBAWM, Eric (1998, 1987¹), *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica
- HOBSBAWM, Eric (2002, 1983¹), *La invención de la tradición*, Buenos Aires, Crítica
- HOBSBAWM, Eric (1998, 1990¹), *Naciones y nacionalismo*, Buenos Aires, Crítica
- KOHAN, Martín (2005), *Narrar a San Martín*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora
- LOSADA, Leandro (2009), *Historia de las elites en la Argentina. Desde la Conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana
- MALOSETTI COSTA, Laura (2007, 2001¹), *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- PLANTE, Isabel y VIDAL MACKINSON, Sebastián (2011), *Panteón de los héroes, historias, próceres y otros en el arte contemporáneo*, Buenos Aires, Fundación OSDE
- PULFER, Darío (2010), ‘Presentación. Rojas: Educación y cuestión nacional en el Centenario’ (en *La Restauración Nacionalista, Ricardo Rojas*, La Plata, Unipe Editorial Universitaria)
- QUATTROCCHI WOISSON, Diana (1995), *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Emecé
- ROLDAN, Darío (1993), *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina S. A.
- ROMERO, Luis y DE PRIVITELLIO, Luciano (2000), *Grandes Discursos de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Aguilar
- SABATO, Hilda (1998), *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana
- SHUMWAY, Nicolás (1991), *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé
- WASSERMAN, Fabio (2008), *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Editorial Teseo
- ZAGO, Manrique Director editorial (1995), *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones

Artículos de Revistas

- BURONI, Pablo, ‘Presencia de la Armada en la inauguración del monumento al general Belgrano en Génova’ (disponible en versión digital en www.centronaval.org.ar/boletin/BCN812/812buroni.pdf)
- COUSELO, Gabriela, ‘La celebración del pasado en la ciudad: un Monumento a la Bandera para Rosario’ (en *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti, Córdoba, Argentina, año 2, n-2)
- GORELIK, Adrián (1997), ‘La belleza de la patria. Monumentos, nacionalismo y espacio público en Buenos Aires’ (en *Revista de cultura de la arquitectura, la ciudad y el territorio*, BLOCK, n-1)
- GOSSMAN, Lionel (1986), ‘La historia como desciframiento. Historiografía romántica y descubrimiento del Otro’, (Traducción de Matías Philipp) *New Literary History*
- SABATO, Hilda (1990), ‘La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?’ (en *Punto de Vista, Revista de Cultura*, año XIII, n-39)

Jornadas

- RIGOTTI, Ana María (2011), ‘Monumento a la Bandera en Rosario. Síntesis de búsquedas excéntricas en la modernidad argentina’, CURDIUR, Conicet, Jornada; Primeras Jornadas de Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad. Institución organizadora: Escuela de Arquitectura y Estudios Urbanos UTDT

Fuentes

(secundarias)

- ALBERDI, Juan Bautista (1991, 1912¹) *Grandes y Pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra
- ECHEVERRIA, Esteban (2007, 1846¹), *Dogma Socialista*, La Plata, Terramar
- GARCIA, Juan Agustín (1981, 1922¹), *Sobre nuestra incultura*, Buenos Aires, Editorial Docencia, Argentina
- LOPEZ, Vicente Fidel (1957, 1883¹), *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina

- MITRE, Bartolomé (1864), *Estudios históricos sobre la revolución argentina, Belgrano y Guemes*, Buenos Aires, Imprenta del Comercio del Plata
- MITRE, Bartolomé (1946, 1877¹), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Edición del diario La Nación
- MITRE, Bartolomé (1877), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, Buenos Aires*, Editorial Jackson de Ediciones Selectas
- RAMOS MEJIA, José María (1934, 1899¹), *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Talleres gráficos argentinos L. J. Rosso
- ROJAS, Ricardo (1922, 1910¹), *Blasón de Plata*, Buenos Aires, ‘La Facultad’ Juan Roldán y Compañía
- ROJAS, Ricardo (2010, 1909¹), *La Restauración Nacionalista*, Unipe Editorial Universitaria, 1^a ed., La Plata, 2010.
- *Galería de Celebridades Argentinas* (1857), Buenos Aires, Ledoux y Vignal
- *Obras Completas de Bartolomé Mitre*, (1942), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, Volumen XI

(terciarias)

- SARMIENTO, Domingo F. (1873), Discurso en honor de la Bandera Nacional al Inaugurar la Estatua del General Belgrano, (versión digital disponible en http://www.sarmiento.org.ar/conf_dfs.html)